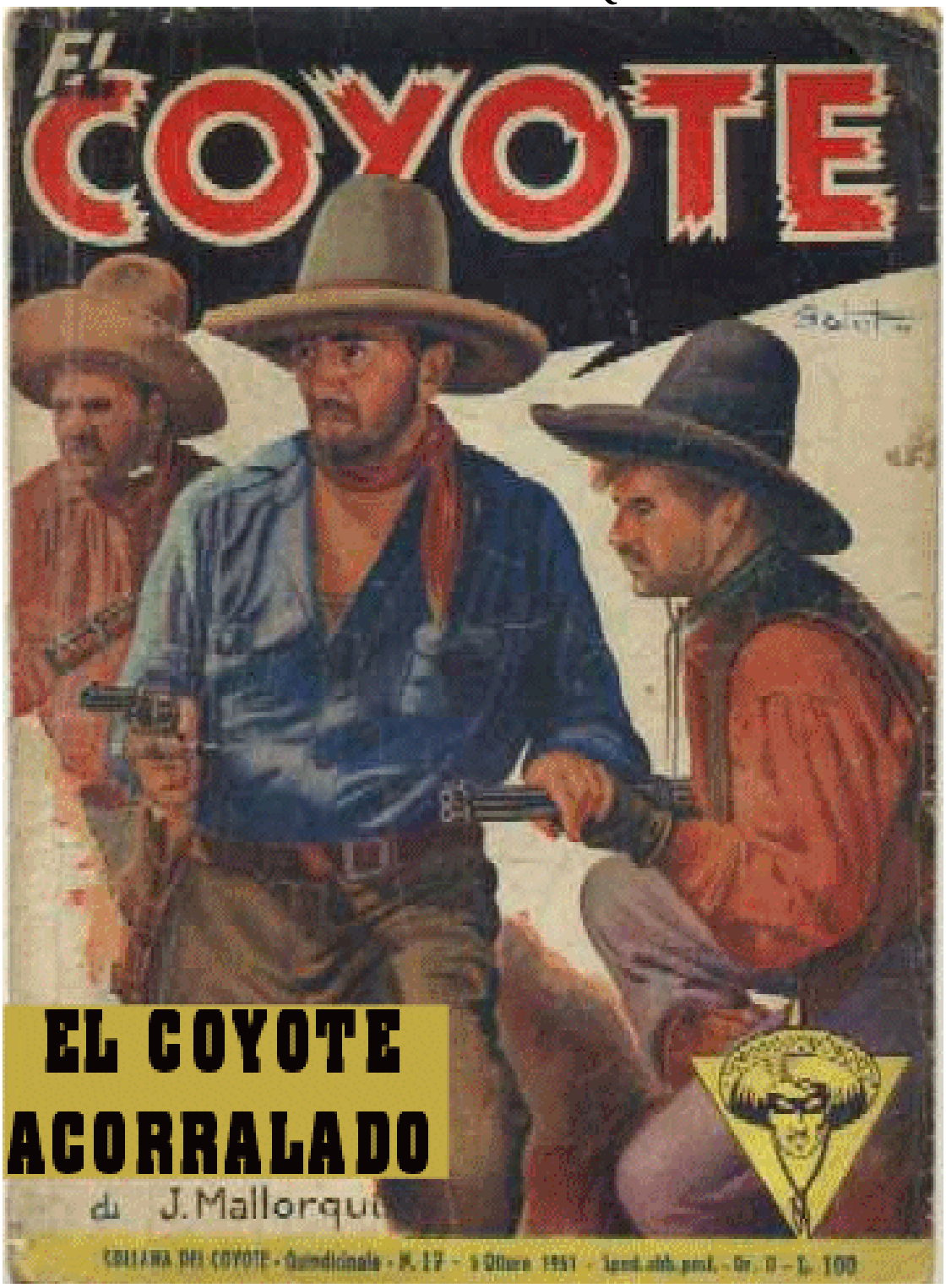
El Coyote acorralado
JOSÉ MALLORQUÍ



LIBROdot.com
http://www.librodot.com



Capítulo primero

Tierra prohibida

El jinete avanzaba sin prisa y como sin rumbo determinado, dejándose llevar Por el instinto de su caballo, que seguía el camino más directo hacia el más cercano río, atravesando un terreno poblado por pequeñas matas de salvia, artemisa y arbustos de creosota. La tierra era seca y polvorienta y el horizonte estaba cerrado por los grandes picachos que coronaban la región de los cañones. El paisaje tenía tonalidades rojas, azules y blancas y estas tonalidades básicas formaban, junto con el amarillo y el verde de la vegetación, una gama de colores que abarcaba todos los del iris.

El sol poniente aumentaba la belleza de aquella salvaje región, coloreando de rosa los grupos de nubes que parecían descansar encima de las cortadas cumbres de las montañas, mientras que, más arriba, las nubes más altas adquirían una blancura tan intensa que parecían grandes masas de nieve. Los picachos relucían, las gargantas oscurecíanse y las verdes mesas adquirían la opalescente tonalidad de los lagos montañeses. Era una región de más de mil quinientos kilómetros cuadrados de distintos pináculos, torres, bastiones y torrecillas labradas en la roca, miles de años

antes, por la irresistible acción de las aguas.

En un punto se advertía la cortadura del *Gran Cañón,* por cuyo fondo corría el impetuoso *Colorado,* con sus aguas teñidas de fango que se encabritaban sobre su áspero lecho.

El jinete no tardaría en penetrar en uno de los innumerables cañones de aquel punto de Arizona y presentía, con alivio, la frescura de su fondo, al que no podía llegar el sol por impedirlo la abundantísima vegetación que crecía, salvaje, en sus paredes.

Pronto se hizo perceptible aquella frescura, y la seca atmósfera se suavizó con el presagio del agua corriente. El caballo aceleró su marcha y pronto sus cascos se hundieron en el arenoso lecho de un riachuelo que nacía al pie de una de las paredes del cañón.

Detúvose el caballo y desmontó el jinete, permitiendo que su animal dejara que el agua le fuera refrescando las patas, antes de inclinar la cabeza para calmar su sed.

Entretanto el viajero recorrió con la mirada el breve paisaje que le rodeaba. Si alguien hubiera estado oculto entre los pinos y abetos que crecían en la roja tierra, habría visto a un hombre de treinta y cinco o treinta y siete años, con los aladares algo encanecidos, mirada soñadora y fina barbilla. Su aspecto correspondía al traje que vestía, y que era, parcialmente, el habitual en los vaqueros del Oeste, de los cuales había tomado los dos revólveres Colt calibre 44, la camisa azul oscuro, el pañuelo al cuello y los pantalones. El resto de su vestimenta era típicamente mejicano. Sombrero de cónica copa, con el ala vuelta hacia arriba, altas botas de montar y largo cuchillo de recia hoja. También el cinturón canana y las dos fundas eran de finísima labor mejicana, así como las espuelas de rica plata y ancha rodela. De la silla de su caballo pendía un moderno Winchester de doce tiros, de igual calibre que los revólveres.

El jinete permaneció unos minutos sumido en sus meditaciones, de las cuales fue arrancado por un dorado destello que procedía de la arena del riachuelo. Inclinóse a recoger el objeto que despedía el destello, y un momento después tenía en la palma de la mano una pepita de oro del tamaño de un guisante pequeño.

El hallazgo del oro no alteró la expresión del viajero. Hizo saltar la pepita en su mano, y por fin la tiró al agua, como si la posible fortuna con que había tropezado careciese de importancia para él.

Entretanto el caballo empezó a beber. Cuando hubo saciado su sed, acercóse a su amo, que también había bebido y llenado su redonda cantimplora de cinc. Tomándolo de las riendas, el viajero reanudó la marcha, siguiendo el curso del riachuelo.

De pronto, hombre y caballo se detuvieron bruscamente. El animal resopló, asustado, y el jinete cambió su expresión de indiferencia por la de un súbito interés.

De un árbol, ante él, pendía el cuerpo de un hombre. Era indudable que no hacia muchas horas que había muerto, pues aún no presentaba síntomas de descomposición.

De su cuello colgaba un tablero hecho con tablas de caja de conservas y en él se había escrito, con pintura negra, estas palabras:

Aviso
Esto es lo que encuentran los que buscan oro aquí.
Para ellos siempre hay un árbol, una cuerda

y muchos buitres y cuervos.

El viajero dedicó luego su atención al ahorcado y a los objetos distribuidos por lo que debió de ser su campamento. El muerto era un viejo de unos sesenta años, muy delgado, curtido por muchos soles y vientos, de lánguido bigote y ojos saltones. Su cabellera, casi enteramente blanca, era muy larga, y sus hebras se movían a impulsos del vientecillo, que sólo tenía fuerzas para hacer oscilar levemente el cadáver. Vestía éste un pantalón de pana embutido en unas viejas y descoloridas botas de alta caña y sostenido por unos tirantes de lona. Completaba su atavío una camisa de franela, que con las muchas veces que había sido lavada fue quedando sin color. Las manos de aquel que fue un hombre eran manos de minero, roídas por el agua, por las rocas y por el trabajo.

El jinete examinó luego las herramientas que estaban distribuidas por lo que fuera campamento del viejo. Sacos de harina de trigo y de maíz, un envoltorio que contenía tocino, otro con café, un pote con manteca, un saquito con judías, otro con azúcar y un barrilillo de aguardiente. Un viejo rifle Sharps, modelo 1852, era la única arma que parecía encontrarse en el campamento.

Satisfecho, al fin, del examen, el desconocido acercóse al cadáver y, de un tajo de su afilado cuchillo, cortó la cuerda que lo sostenía. Era inútil intentar nada por él, ya que la vida habíase escapado hacía horas de aquel cuerpo. Sólo quedaba por cumplir una piadosa misión. Durante dos horas el mejicano estuvo cavando una profunda tumba, con ayuda del pico y la pala que encontró en el campamento. Cuando el minero, que no llevaba ningún documento que le identificara, quedó en su postrer refugio, el que le había enterrado hizo una cruz en las tablas en que estaba escrito el aviso y la clavó con la culata de uno de sus revólveres. Luego la colocó a la cabeza de la tumba, y, después de rezar una breve oración por el alma del que había muerto a manos de la violencia, montó en su caballo y emprendió de nuevo el camino.

El cielo estaba teñido por las últimas rojeces del ocaso y una infinita calma invadía la tierra. Todo era paz en la naturaleza; pero en algún sitio debían de albergarse la ira y el odio, de los que eran claros exponentes el cadáver y el aviso que el viajero había encontrado.

Súbitamente, el mejicano encontró un camino con evidentes señales de mucho uso, lo siguió durante una media hora y, cuando ya la noche se adueñaba del firmamento, llegó a lo alto de una meseta, desde la cual se dominaba un amplio valle rodeado de altas cumbres. Una pequeña población ocupaba aquel lugar. Las luces que brillaban a través de las ventanas de las casas eran a la vez una promesa y una amenaza.

El jinete secóse el sudor, y, al sacar el pañuelo, casi dejó caer al suelo un negro antifaz. Lo recogió a tiempo y lo guardó en un bolsillo interior; después, picando espuelas, emprendió el descenso hacia el pueblo.

Capítulo II

Ladrón

No imaginaba el viajero encontrarse con lo que le esperaba a la entrada del pueblo. Al descender de la meseta, siguiendo un camino cada vez mejor cuidado, vio un gran rótulo de madera, en el cual se leía:

LADRÓN
(la gran metrópoli del Colorado)
250 habitantes vivos

Lo de «gran metrópoli» y lo de los doscientos cincuenta habitantes no encajaba y podía tomarse como un rasgo de humor de alguno de los pobladores del lugar; pero más adelante el viajero encontróse con una muestra algo más tétrica de humorismo, pues a unos veinte pasos del cartel anunciador de la identidad del pueblo se veía una profunda fosa, con un buen montón de tierra al lado, que era como una sábana para amortajar al que ocupaba el hoyo, en cuya cabecera otro cartel anunciaba:

«Esta sepultura está abierta en espera del
sheriff que se atreva a presentarse en Ladrón.»

Sonriendo, el jinete obligó a su caballo a acelerar la marcha. Al llegar frente a una taberna que no parecía estar muy concurrida, desmontó, ató su caballo al poste colocado frente al establecimiento y, después de asegurarse con maquinal movimiento de si los revólveres salían bien de sus fundas, penetró en el local.

Más que poco concurrido, estaba completamente solitario. El dueño se ocupaba en limpiar con un trapo muy mojado y sucio unos vasitos de los de licor.

-Hola, forastero -saludó, levantando la cabeza y fijando su mirada en el que llegaba.

-Hola -replicó el otro.

-Parece que viene de lejos.

-De Utah.

-¿Mormón?

-¿Lo parezco?

-Tampoco parece *sheriff* o comisario, y puede serlo.

El recién llegado sonrió ante la agudeza del tabernero.

-No soy ni comisario ni *sheriff,* pero si lo fuese, diría lo mismo.

-Es cierto -suspiró el tabernero-. El hombre ha nacido para mentir.

-Entonces, si pregunto algunas cosas, no me contestará usted la verdad.

-No, de ninguna manera. No le diré la verdad sobre ciertas cosas; pero, en cambio, sí se la diré sobre otras. Por ejemplo, ¿le interesa conocer el origen de Ladrón?

-Tal vez me ayude a tragar el aguardiente que se vende en esta casa. Y si usted me acompaña, me ahorrará la molestia de beber solo.

El tabernero, que representaba unos cincuenta años bien cumplidos, pareció humanizarse y conmoverse. Colocando sobre el mostrador dos vasitos de grueso cristal, los llenó con el contenido de una botella que sacó de debajo del tablero.

-A su salud -brindó el recién llegado.

-A la suya -replicó el dueño del establecimiento.

Cuando hubo bebido, y a una señal de su cliente, volvió a llenar los vasos y preguntó:

-¿Tiene algún motivo para invitar a beber a los taberneros? ¿O es que sólo lo ha hecho conmigo?

-No; es una costumbre muy antigua, gracias a la cual aún no he sido envenenado. He observado que los taberneros, cuando quieren refrescarse el gaznate, sacan siempre una botella guardada debajo del mostrador. No beben nunca de las que tienen a la vista del público. Un día invité a beber a un tabernero de Chindrical Falls, con la esperanza de que probara el alcohol que servía a los demás. No lo hizo. Por el contrario, me sirvió a mí una copa de la botella de debajo del mostrador. Y confieso que me dio a probar uno de los mejores aguardientes que han pasado por mi garganta. Desde entonces prefiero pagar doble y estar bien servido.

El tabernero lanzó un suspiro de decepción.

-¡Lo lamento! -exclamó-. Creí haber encontrado un alma grande.

-Las almas no son mayores que los cuerpos dentro de las cuales se mueven. Ocurre como con las sepulturas: no pueden ser más pequeñas que el cuerpo que deben contener.

-¿Qué pretende sacarme con eso? -preguntó el tabernero, mirando suspicazmente al otro.

-Nada. He leído los carteles que decoran la entrada del pueblo. ¿Es una broma?

-No. Más de un *sheriff* curioso reposa en otra tumba semejante.

-¿Y qué hacen con los buscadores de oro?

-Los... ¿Eh? ¿Por qué pregunta eso?

-Ya le he dicho que he leído todos los carteles.

-No entiendo nada -gruñó el tabernero-; pero le aconsejo que siga su camino y no se exponga a hacer un alto demasiado prolongado.

-¿Debo asustarme?

-Si es prudente, seguirá el consejo que le he dado.

-No lo soy y, por lo tanto, no lo seguiré. Otra copa de este aguardiente, tal vez sea la última.

-Lo será, forastero.

La voz llegaba de la puerta y fue acompañada por el chasquido del muelle de un revólver; pero antes de que el recién llegado pudiera apretar el gatillo de su arma, el forastero volvióse y a la altura de su cadera derecha brilló un fogonazo, seguido de una potente detonación, y una bala del 44 se llevó por delante el revólver del 45 que una fracción de segundo antes empuñara el que había hablado.

Pálido como un muerto, el recién llegado quedó inmóvil. Sólo al cabo de lo que pareció una eternidad bajó lentamente la mirada hacia la mano que empuñara el revólver. Luego volvió la vista hacia el autor del disparo y le vio empuñando un Colt, cuyo maligno ojo miraba recto a su corazón.

-Lamento contradecirle, amigo -sonrió el mejicano, envuelto aún en el acre humo de la pólvora-. No será mi última copa de licor. Acérquese y nuestro amigo el tabernero le servirá un buen trago de aguardiente. No, tabernero, no es necesario que le dé del bueno; al fin y al cabo, su trago sí que será el último, a menos que tenga la garganta tan cerrada que no le admita el paso ni de una gota de buen alcohol.

El recién llegado era un hombre de unos veintiocho años, alto, enjuto, de mirada ruin, que parecía degradado por todos los vicios, incluso el de la bebida. No

se advertía nada noble en él. En aquellos momentos, mientras acercaba la mano al vaso que le había llenado el tabernero, sus ojos centelleaban, cargados de odio.

-Hace mal en pensar que podrá tirarme a los ojos el contenido del vaso -advirtió el mejicano-. No pretendo afirmar que la bala le atravesara el corazón antes de darle tiempo de verterme el licor en los ojos; pero sí que llegaría con la suficiente anticipación para que usted no pudiese ni acercar la mano izquierda al cuchillo ese que veo en su cinto y con el cual disfrutaría mucho atravesándome el pecho.

El joven volvió a dejar sobre el mostrador el vasito que ya había cogido y el terror pasó un momento por sus ojos.

-No necesito beber-gruñó.

-Creí que le gustaría calentarse un poco antes de quedar eternamente frío -replicó el mejicano, levantando de nuevo el percutor de su revólver.

-¿Qué va a hacer? -preguntó el tabernero.

-Matar al señor... ¿Cómo se llama?

-Es Hamilton, y... le aconsejo que no lo mate.

-Haga caso del consejo de Pops -rió, algo temblorosamente, el llamado Hamilton.

-¿Por qué he de hacerle caso? -preguntó el forastero-. Creo que toda la ley me ampara si pego un tiro al hombre que sin previo aviso desenfundó un revólver contra mí.

-Aquí no hay ley -advirtió Pops-. Y el nombrarla no favorece a nadie.

-Por eso he venido yo -sonrió el mejicano-; pero, aunque me guste un país sin ley, no me gusta que los demás se aprovechen de ello para agujerearme la espalda. Yo no me metí con usted, señor Hamilton, y lo primero que vi de usted fue una mano empuñando un revólver dirigido contra mi espalda. Si en lugar de fijarme en el revólver me fijo en otra cosa, tal vez ahora no sería yo quien hablara.

-Y si me mata, tampoco hablará mucho tiempo.

-Señor Hamilton, sólo la presión de un dedo le separa de la eternidad. Ese dedo es mío y obedece mis órdenes, porque... porque no está usted en condiciones de hacerlo, aunque detrás de usted queden cien mil amigos dispuestos a vengarle. No creo que el hecho de que a su muerte siguiera la mía en un plazo de horas o días, fuese para su cadáver un gran consuelo. Si le parece, expóngame las razones que le movieron a pronosticar mi muerte. Si me convencen, le dejaré marchar como si fuese un amigo mío. Si no me convencen...

Al llegar aquí, el mejicano apretó por segunda vez el gatillo de su revólver y la bala segó el lóbulo de la oreja izquierda de Hamilton, que, lanzando una maldición, sonriendo, el mejicano, continuaba:

-Ha sido sólo una broma, amigo mío. Es para demostrarle que sé disparar muy bien este precioso invento del coronel Colt... ¡Oh! ¡Pero si me olvidaba de que le demostré que sabía disparar!... ¡Pobre amigo mío! ¡Y qué feo va a estar con una oreja deslobulada! Como no puedo añadirle el trozo que le falta, le... -por tercera vez habló el revólver del forastero y la bala se llevó ahora el lóbulo de la oreja derecha, mientras, siempre sonriente, el autor de los disparos continuaba, como si nada hubiese ocurrido-: ...le arrancaré el otro lóbulo, que ya no le sirve para nada. Así estarán igualitas las dos orejas. Creo que de ahora en adelante estará usted más atractivo.

Luego, variando el tono burlón, agregó, amenazador:

-¡Y largúese de aquí, cobarde! Puede decirles a sus amigos, que ni a usted ni a ellos les tengo miedo. Y agregue que sólo porque creo que son mejores que usted no

le he dejado en condiciones de obligarles a que se jugaran la vida tratando de vengarle. Por si se le ocurre esperarme fuera, le prevengo que disparo guiándome por el sonido y que, si su primer tiro no acaba conmigo, puede tener la seguridad de que no llegará a disparar otro. Buenas noches. Y no recoja el revólver; eso no se ha hecho para usted.

Hamilton salió precipitadamente de la taberna. El mejicano levantó su revólver y extrajo las tres cápsulas vacías, que dejó sobre el mostrador. Luego metió tres cartuchos nuevos dentro del cilindro y guardó el arma en la funda.

-Sirva otra copa para quitarnos la aspereza de la pólvora en la garganta -propuso el mejicano.

-Mal enemigo se ha creado, señor...

-Puede llamarme Martínez -replicó el viajero-. José Martínez es un excelente nombre, ¿no?

Pops movió la cabeza y replicó:

-He conocido a doce José Martínez.

-Desde hoy conoce a trece.

-Sí, es un nombre muy popular. Por el estilo de John Smith. El usarlo evita muchos compromisos.

-¿Quién es ese Hamilton?

Pops inclinó la cabeza y por un momento pareció no haber oído la pregunta; sin embargo, no era así, pues al fin replicó:

-No debiera decirlo. Si permaneciera callado, mi salud sería mejor; pero me resulta usted simpático. ¿Ha oído habla de John D. Lee?

-¿El mormón que organizó la matanza de Mountain Meadows?[1].

-El mismo. Él fue quien descubrió este valle y quien lo pobló, huyendo de quienes le buscaban; luego, no pareciendole seguro, emigró hacia otras partes, llevándose sus mujeres y un saco de oro. Nadie se preocupó de las diecinueve o veinte mujeres de Lee; pero, en cambio, muchos observaron lo del saco de oro, y pronto convirtióse esto en un hormiguero de buscadores de oro; pero un día llegó alguien y empezó a asustar a los buscadores. Y ahora ya no queda ninguno. La gente de por aquí se dedica a criar un poco de ganado. Quien más, quien menos, con el permiso de ese alguien de quien le he hablado, rebaña los torrentes y riachuelos; pero no se acerca al Cañón del Trono. Le llaman así porque desemboca en un valle en cuyo centro se levanta una especie de torre natural, cortada en su cumbre, que recibe el nombre de «El Trono».

-¿Y ese «alguien» prohíbe la entrada al valle?

-Claro.

-Y Hamilton pertenece a su banda.

-Claro.

-Y ese «alguien» se ofenderá al ver regresar a su hombre con dos trozos menos de orejas, ¿no?

[1] La matanza de Mountain Meadows, o *Mountain Meadow's Massacre,* es uno de los crímenes más horribles y famosos cometidos en el Oeste. Unos proscritos mormones, capitaneados por John Doyle Lee, cayeron en un amanecer de septiembre de 1857 sobre un campamento de emigrantes. Iban disfrazados de pieles rojas, y como los emigrantes, siguiendo los traicioneros consejos del propio Lee, iban desarmados, no pudieron ofrecer ninguna resistencia, siendo todos pasados a cuchillo, sin que perdonaran a mujeres, ancianos ni niños. Luego, los asaltantes robaron todo cuanto iba en la caravana y escaparon, creyendo no dejar tras ellos ninguna huella comprometedora; pero quedaron con vida diecisiete niños, los mayores de doce años, y por ellos se pudo descubrir la verdad, y al cabo de muchos años, prender a Lee en la región de Los Cañones de Arizona y ahorcarle. Entre los niños que sobrevivieron figura el que luego fue famosísimo *sheriff* de Abilene: «Bear River», Tors Emith.

-Claro.

-Y vendrá aquí a pedirme cuentas, ¿verdad?

-Tal vez le aguarde afuera.

-O sea, que usted me aconseja que ponga la mayor distancia posible, en el menor tiempo imaginable, entre «alguien» y yo.

-Ése sería un consejo de amigo.

-Y entonces «alguien» creería que yo he tenido miedo y lo iría repitiendo por el mundo.

-Pero sólo podría decir que un tal José Martínez fue prudente...

-¿Cuántos hombres tiene ese «alguien»?

-Muchos.

-¿Diez o doce?

-Tal vez.

-¿Y los emplea en impedir el acceso de los curiosos al Cañón del Trono?

-Sí.

-¿Porque allí está el oro de Lee?

-Eso creemos los que hemos sido lo bastante prudentes para no acercarnos nunca a los lugares prohibidos.

-¿Es prudencia o falta de curiosidad?

-Sólo es prudencia, y usted debiera imitarla. No siento tentaciones de exponer mis huesos a una bala. Y créame, forastero, eso es lo que debe usted hacer, pues estoy oyendo el galope de un caballo y, si mis oídos no me engañan, alguien se acerca hacía aquí.

-¿«Alguien»?

Pops encogióse significativamente de hombros y se dedicó a secar los vasitos de licor. Un momento después abrióse la puerta de la taberna y un hombre entró en el establecimiento.

Habría resultado notable en cualquier ambiente; pero sobre todo lo resultaba en aquel mísero poblado, tan distinto de las prósperas poblaciones mineras de California, Nevada y Colorado. Era un hombre elegante, atractivo, de rostro alargado, nariz que parecía arrancada a una estatua griega y bajo la cual, ocupando el labio superior, extendíase un bien cortado bigote que servía de parcial marco a una boca de labios algo carnosos y dibujo perfecto y a unos dientes de deslumbradora blancura. El traje de aquel hombre era el habitual en los jinetes de la región. Pantalones de tela fuerte, botas altas, camisa de franela y chaqueta de piel. Sin embargo, la similitud de las prendas deteníase en este punto, pues pocos eran los jinetes capaces de prestar a su ropa una elegancia como la que aquel hombre daba a su vestido. Todas las prendas habían sido cortadas y confeccionadas por un sastre capaz de hacer cosas mucho más difíciles, y en todos sus detalles estaban perfectísimamente acabadas. Completaba su equipo un sombrero de ala no muy ancha, ligeramente vuelta hacia arriba por los lados y cuya copa formaba un profundo surco que terminaba, en la parte delantera, en dos hoyos laterales.

Tal vez alguien en algún sitio hubiera considerado aquel atildamiento como una muestra de debilidad o de lechuguinismo; pero ningún observador un poco sagaz hubiera cometido tal error, puesto que en aquel hombre se veía vibrar la fuerza física y la energía moral. Comprendíase que el revólver que pendía de su cintura no era un adorno, sino un elemento de fuerza que su amo sabía utilizar cuando era conveniente.

-Buenas noches, Pops -saludó el recién llegado.

-Buenas noches, señor Quincey -replicó Pops.

-Buenas noches, señor Quincey -dijo, a su vez, el mejicano.

El recién llegado volvióse hacia Martínez y preguntó:

-¿Me conoce, señor...?

-José Martínez, para servirle a usted. No, no le conozco; pero he oído pronunciar su nombre y no he podido resistir la tentación de saludarle.

-Muchas gracias, señor Martínez -replicó Quincey-. Conocí a un tal Martínez en Sonora. Tenía un hijo que buscaba oro o plata por California. ¿Viene usted de allí?

-No; ése es otro Martínez. Somos una familia muy numerosa.

-Eso he oído decir -continuó Quincey-. ¿Viene usted de Méjico?

-Pues... de allí vine alguna vez.

-¿Y vino con el exclusivo objeto de herir a uno de mis hombres?

-¿Uno de sus hombres? ¿Se refiere usted al señor Harnilton?

Quincey asintió con la cabeza.

-No puedo felicitarle a usted por los hombres que tiene a su servicio; pero, de todas formas, debo decir en mi descargo que sorprendí a su hombre en el momento en que estaba levantando el gatillo de su revólver, y que con ello me concedió pleno derecho a meterle en el cuerpo las tres balas que le disparé contra el revólver y las orejas.

-¿Es verdad eso, Pops? -preguntó Quincey.

-Tal vez -gruñó, al fin.

-El señor no quiere comprometerse -sonrió el mejicano-. Hace bien.

-Perfectamente; no dudaré de su palabra, señor Martínez. Creo que es conveniente no dudar de la palabra de un hombre capaz de arrancar los lóbulos de las orejas con la destreza con que usted lo hace.

-¿Influye sólo mi destreza? -sonrió Martínez.

-¿No le halaga semejante concesión?

-No, señor Quincey, porque eso me obligará a llevar las manos muy cerca de las culatas de mis revólveres. Cuando a un hombre se le da la razón sólo por la eficacia de sus armas, esa misma razón se le quita con un disparo por la espalda.

-Posee usted una inteligencia muy despejada, señor Martínez, y eso me convence cada vez más de que la razón estuvo de su parte. Quizá mi hombre se equivocó y le confundió con otro. Veo que han estado bebiendo. El gasto corre de mi cuenta. Brindemos porque nos encontremos otro día.

-Nos encontraremos, pues pienso quedarme aquí -sonrió Martínez.

-¿A qué se dedicará, señor Martínez? -preguntó Quincey, como si estuviese muy interesado por lo que pensaba hacer el forastero.

-A buscar oro.

La respuesta sonó como un desafío lanzado al rostro de Quincey. Éste, al cabo de unos minutos de silencio, preguntó:

-¿Oro?

-Sí.

-No tiene usted aspecto de buscador.

-Nadie nació buscando oro. Incluso sé de muchos que empezaron trabajando en molinos o serrerías y acabaron...

Martínez irrumpió lo que iba diciendo y bebió un sorbo de licor; luego pareció olvidarse de lo que había empezado a decir, hasta que Quincey preguntó, curiosamente:

-¿Cómo terminaron?

-Colgados de un árbol... por buscar oro.

Quincey sonrió.

-Eso demuestra que es peligroso buscar oro en ciertos sitios.

-Siempre me ha atraído el peligro.

-Entonces busque oro hacia el Sur. Creo que por allí se encuentra algo en las arenas.

-Pienso buscarlo hacia el Cañón del Trono.

Las palabras del mejicano eran como una amenaza o un desafío. Quincey lo advirtió y, sonriendo duramente, replicó:

-Tal vez se encuentre con alguna cuerda.

-O tal vez los que traigan la cuerda se encuentren con más plomo del que podrán digerir.

-Oiga, Martínez. No soy hombre que gaste saliva en balde. No me gusta amenazar ni crearme enemigos innecesariamente. Tiene usted toda la región de los cañones para buscar oro en ella. No se lo impedirá nadie; pero si se acerca al Cañón del Trono encontrará algo que no le gustará nada. Siga el consejo y no lo tome a broma.

El mejicano buscó en el bolsillo y sacó una bolsa de piel y un librillo de papel de fumar. Dentro de la bolsa iba una buena cantidad de tabaco. Martínez lió un perfecto cigarrillo, lo encendió y, lanzando una bocanada de humo al aire, dijo, siguiéndola con la mirada:

-Lamento mucho no poder prestar a su consejo toda la atención que merece. Buscaré oro y no admito indicaciones ni amenazas.

Quincey se encogió de hombros y adoptó una actitud de hombre que lamenta tener que hacer algo contrario a su gusto.

-Yo también lamento su decisión; pero no desespero de convencerle de que esta tierra no es buena para los forasteros aficionados a buscar oro. Buenas noches.

Dejando una moneda de cinco dólares sobre el mostrador, Carl Quincey dio media vuelta y abandonó la taberna, seguido por la irónica mirada de Martínez.

-Ya lo ha conseguido -suspiró Pops.

-¿Qué es lo que he conseguido?

-Ganarse un enemigo mil veces peor que una serpiente de cascabel. Debiera haber aceptado sus ofertas. Él le cree fugitivo de algo, y estaba dispuesto a brindarle ayuda y un empleo.

-No he oído ninguna de sus ofertas.

-Pero Quincey lo insinuó. No iba usted a esperar que le propusiera unirse a su banda.

-¿Tiene una banda?

-Deje de hacer el tonto y convénzase de que si sigue así acabará muy mal. Buenas noches.

-Buenas noches, Pops -replicó Martínez, marchando lentamente hacia la puerta.

Antes de llegar a ella detúvose junto a una de las mesas y, viéndola cubierta de polvo, dibujó sobre ella algo con el dedo índice. Luego siguió su camino.

Pops, que le había observado, acercóse a la mesa para ver lo que había escrito el mejicano.

No halló ninguna palabra; sólo una cabeza de animal medio abocetada. Acercando una luz, Pops examinó más atentamente el dibujo.

-Parece una cabeza de lobo -murmuró.

Luego, pensativo, agregó:

-¿Un lobo o un coyote?

Inclinóse más sobre el dibujo y examinó todos sus contornos, creyendo ver en él algo familiar.

-Sí, es una cabeza de coyote... -repitió-. La marca del *Coyote,* quizá.

Pops encogióse de hombros y, con la mano, borró el dibujo.

En el mismo instante, casi simultáneos, sonaron dos disparos en la calle. Parecían llegar desde unos quinientos metros más allá de la taberna. Pops no salió a averiguar el resultado del tiroteo; por el contrario, como la noche no parecía ser de mucho despacho, decidió cerrar las puertas y dejar que la gente de Ladrón resolviera sus problemas de la forma que mejor le pareciese.

Capítulo III

Emboscada

El mejicano avanzaba lentamente por el centro de la calle, envuelta casi por completo en tinieblas. Su mirada iba recorriendo todos los rincones, como buscando algún detalle que descubriera los propósitos de sus enemigos.

Sus precauciones viéronse compensadas al cabo de unos instantes, cuando de la oscuridad, entre dos casas, surgió un metálico destello que tal vez fuese el de la luz de una estrella en el cañón de un arma.

La reacción del jinete fue inmediata. Su mano derecha se movió con vertiginosa rapidez, al mismo tiempo que él se inclinaba a un lado. Dos fogonazos surcaron la oscuridad, brillando casi al mismo tiempo. Una bala de rifle pasó zumbando a unos veinte centímetros de la cabeza del mejicano, quien a la vez que se inclinaba disparaba contra el punto donde había brillado primero el destello y después el fogonazo.

El silencio, que bruscamente había sido quebrado, volvió a imperar en la calle. Ni un movimiento denunció la actividad del emboscado tirador. El jinete, desmontando sin prisa, acercóse al lugar de donde partiera la agresión.

No le causó ninguna extrañeza ver a un hombre tendido de bruces sobre un moderno rifle Winchester. Con el pie lo volvió boca arriba y reconoció a Hamilton. La bala le había atravesado la cabeza, produciéndole la muerte instantánea.

-¡Pobre diablo! -murmuró el mejicano-. No comprendiste el mensaje. Y eso que no podía ser más claro.

Inclinándose hacia el suelo, Martínez dibujó con el dedo, en la tierra, junto al cadáver, una cabeza de coyote. Luego, regresando a su caballo, montó en él y reanudó la marcha hacia la región de los cañones.

* * *

Carl Quincey acercóse al cadáver del que había sido uno de sus mejores hom-

bres. Otros cinco, dos de ellos con antorchas encendidas, le acompañaban.

-Buen tiro -comentó, examinando la herida de Hamilton.

-Le debió de disparar desde bastante lejos -dijo otro.

-Sí, Pattersons, disparó desde unos veinticinco metros. Teniendo en cuenta que era de noche y que sólo se podía guiar por el fogonazo del disparo de Hamilton... debe reconocérsele mérito. En cambio, no se concibe que Hamilton fallara con un arma como la suya.

-A veces el querer asegurar demasiado el tiro hace que se pierda -sugirió Ickes, otro de los hombres de Quincey.

-¿Se ha fijado en eso, patrón?-preguntó Shepler, uno de los dos que llevaban antorchas, señalando un punto del suelo inmediato al cadáver de Hamilton.

Quincey arrodillóse de nuevo y examinó lo que parecía una tosca silueta de la cabeza de un lobo.

-¿Qué quiere decir esto? -preguntó.

-Parece una marca... -comentó Shepler.

-¿La marca... del *Coyote*? -murmuró, lentamente, Quincey.

Un escalofrío recorrió a los cinco hombres que le acompañaban. Ramey, otro de los que iban provistos de antorcha, murmuró:

-Sí..., es la marca del *Coyote.*

-Pero *El Coyote* ha muerto -musitó Tinker, el último de los hombres de Cari Quincey.

-No -replicó Ramey-, no ha muerto. Hace poco actuó en Esperanza.

-Pero esto no es California, y él como ya sabemos siempre actúa allí -objetó Tinker.

-Es *El Coyote* -sentenció Quincey-. No hay más que ver la marca que dejó en el suelo y en las orejas de Hamilton.

-Entonces... si ha venido es que pretenderá impedirnos que sigamos con nuestro... -empezó Pattersons.

-¡Calla! -interrumpió Quincey-. Puede oírnos. Tanto si es *El Coyote* como si es ese Martínez, os prometo que va a arrepentirse del hueso que ha tratado de morder. Le demostraremos que es demasiado duro para sus colmillos... aunque sean colmillos de coyote.

-¿Qué debemos hacer?-preguntó Shepler.

-De momento, llevarnos a Hamilton -indicó Quincey, borrando con el pie la marca del *Coyote-.* Luego, ya decidiremos lo que debe hacerse.

Una hora más tarde, cuando ya el cadáver de Hamilton reposaba bajo tierra, Quincey reunió a sus nombres en una cabaña situada en las afueras de Ladrón y, después de acariciarse el bigote unos segundos, irguió bruscamente la cabeza y dijo:

-El Coyote está entre nosotros. No sé a qué ha venido; pero no cabe duda de que lo ha hecho en plan de enemigo. Si como supongo, pretende averiguar que ocurre en el Valle del Trono, irá hacia allí.

-¿Y descubrirá la verdad? -preguntó Ikes.

-Tal vez; pero no me importa que la descubra; porque si nadie le impedirá entrar, en cambio todos nos opondremos a que salga con vida de allí. No creo que pueda con todos nosotros.

-Recuerde que, si es verdaderamente *El Coyote,* tendremos enfrente a uno de los hombres más peligrosos que existen -recordó Ramey.

-No hay hombre tan peligroso como para ser capaz de vencer a quince enemigos.

En aquel momento oyóse un ruido afuera y todos se volvieron precipitadamente hacia la puerta. Quincey les calmó, recordando:

-Tinker vigila junto a la cabaña. Nadie podría acercarse sin ser visto por él.

* * *

El Coyote, después de dejar su marca junto al cuerpo del hombre a quien había tenido que matar, había emprendido la marcha hacia los cañones; pero, apenas hubo recorrido unos doscientos metros cambió de idea y, dejando su caballo atado a unos arbustos y protegido por la sombra de unos viejos álamos, regresó hacia el lugar donde habíase tendido la emboscada contra él. Ocultándose tras una pequeña cerca de ladrillos, aguardó con la mirada fija en el punto donde yacía Hamilton.

No necesitó aguardar mucho, antes de que aparecieran Quincey y los suyos. La distancia que le separaba de ellos era demasiado grande para permitirle escuchar lo que decían, y por ello, cuando, cargando sobre un caballo el cuerpo de Hamilton, alejáronse hacia el extremo norte de Ladrón, les siguió, protegiéndose en la oscuridad y la sombra de los edificios. Les vio enterrar a Hamilton en un descampado. Se fijó en el poco interés que ponían en ofrecerle una sepultura profunda, y luego los vio dirigirse hacia una solitaria cabaña. Su primera intención fue seguirles rápidamente, pero la prudencia le aconsejó aguardar un momento y luego avanzar tomando toda clase de precauciones.

De pronto se aplastó contra el suelo. Hay hombres que son incapaces de pasar una hora sin la compañía de un cigarrillo. Alguien que se encontraba junto a la cabaña pertenecía a ese tipo de hombres. *El Coyote* se detuvo. El aire soplaba hacia su espalda, y había traído el olor del tabaco, lo cual indicaba que en su avance, *El Coyote* había dejado atrás el centinela apostado para defender la casa.

«Me estoy volviendo muy imprudente» -pensó *El Coyote.*

Con infinitas precauciones desenfundó uno de sus revólveres. En aquel momento cesó la brisa y con ella desapareció el olor del cigarrillo. Cuando *El Coyote* volvió sobre sus pasos, lo hizo comprendiendo que debía poner toda su confianza en sus oídos y en sus ojos. Antes de mover una mano asegurábase de que no encontraría ningún obstáculo que pudiera denunciar su presencia: una piedra que rodase, una ramita que se partiera, un arbusto que se agitase.

Había dado ya la vuelta a una pequeña roca, cuando de nuevo el dulzón aroma del tabaco volvió a asaltarle. De súbito se detuvo en seco, apretando con más fuerza la culata del revólver. Frente a él brillaba un minúsculo puntito de luz. Por un momento creyó que tal vez fuera una estrella; pero cuando su luminosidad creció y se redujo y el olor a tabaco se hizo más intenso, comprendió, sin ninguna duda, que se trataba de un cigarrillo. Luego esta creencia se confirmó al trazar la brasita un arco y volver a aumentar.

Por la posición del cigarrillo, *El Coyote* comprendió que ahora tenía al centinela frente a él. Muy despacio buscó la protección de otras piedras y rocas, y con infinitas precauciones logró colocarse detrás de él. Avanzó pegado al suelo, y, por fin, vio recortarse contra el cielo tenuemente iluminado por las estrellas la silueta de un hombre con la cabeza cubierta por un sombrero de ala ancha.

El centinela estaba sentado en una piedra. Con la mano derecha sostenía un rifle de largo cañón, en el que se reflejaba la rojiza brasa del cigarrillo.

-¡Diablo de obligación! -gruñó en aquel momento el centinela, quitándose el sombrero y desperezándose.

El movimiento le hizo soltar el sombrero. Al agacharse a recogerlo oyó a su espalda un ligero ruido. Demasiado tarde quiso incorporarse y hacer frente a la agresión; pero el grito de alarma que iba a lanzar fue ahogado en su garganta por un implacable culatazo, que le derribó sin sentido.

Cuando Ramey abrió la puerta de la cabaña, para asegurarse de que Tinker vigilaba, vio la silueta de un hombre que se cubría con el inconfundible sombrero de Tinker y cuyas manos se apoyaban en el cañón de un rifle.

-¿No hay novedad, Tinker?

El centinela movió negativamente la mano y Ramey entró de nuevo en la cabana.

-Tinker vigila bien -declaró.

-No hay peligro de que nadie nos moleste -dijo Quincey-. En esta cabaña estamos seguros. Es muy conveniente, de todas formas, extremar la vigilancia, porque es mucho lo que nos exponemos a perder. Si lo que ocurre en el valle se supiera, nos sería imposible seguir como hasta ahora.

-¿No hemos hecho mal dejando tan poca gente allí? -preguntó Ickes.

-Nada me placería tanto como que ese *Coyote* aprovechara nuestra ausencia para entrar en el valle -replicó Quincey-. Una vez lo tuviésemos allí, no nos sería nada difícil el poder apoderarnos de él.

Una sombra apartóse lentamente de la cabaña y, llegando al punto donde había atado al caballo, montó en él y alejóse con velocidad creciente en dirección a la entrada del Cañón del Trono.

Capítulo IV

En tierra enemiga

La oscuridad era muy densa cuando *El Coyote* llegó a la entrada del cañón. Ésta era muy amplia y el piso estaba cubierto de densos matorrales y pequeños pinos. A la casi imperceptible luz de la luna divisábase el estrecho y serpenteante sendero que debían de seguir los jinetes que penetraban en el lugar.

No se veía ningún ser viviente; pero apenas hubo iniciado *El Coyote* su avance por el sendero, percibió el primero tenue y luego mucho más intenso olor a humo de pino. Después llegó hasta sus oídos el eco de una canción muy popular:

Lejanas se encuentran las horas de ayer,
cuando a la puerta de Nellie MacBride
yo cantaba, triste, mi inmenso querer...

No podía entretenerse ni vacilar, porque estaba seguro de que detrás de él llegarían pronto los cinco hombres de Quincey y acaso también éste.

Un conejo escapó en aquel momento por entre la maleza, y *El Coyote* se

detuvo, temiendo que el ruido hubiera alarmado a los que debían de encontrarse en torno de la hoguera; pero la canción, ahora más clara, seguía oyéndose:

¡Oh, mi pobre Nellie MacBride,
lejos de aquí se te llevaron!
Nunca más te veré, amada mía,
porque de mi se te llevaron...

-Cada vez cantan mejor -sonrió *El Coyote,* acercándose con mayor prudencia al punto donde ya un débil resplandor indicaba la presencia de la hoguera y de los que estaban reunidos en torno a ella.

Por un momento temió que si aquellos hombres tenían con ellos a sus caballos, éstos descubrieran la presencia del otro animal; pero, como era lógico, los centinelas que vigilaban la entrada al cañón habían llegado allí a pie, dejando sus caballos en otro sitio.

Abandonando el sendero, *El Coyote* encontró otro camino cubierto de hierba que iba bordeando un estrecho riachuelo. Protegido por la hierba de todo ruido traicionero, y también por los altos árboles que crecían junto al arroyo, pudo pronto dejar atrás a los centinelas, asombrándose de la facilidad con que había penetrado en el cañón.

¿Podía significar algo aquella ausencia de dificultades?

El Coyote dejó su caballo junto al agua, para que saciara su sed y su hambre, y, quitándose las botas, las colgó de la silla de montar. También se quitó el sombrero. Para evitar que lo blanco de su rostro pudiera descubrirle, sacó del bolsillo el negro antifaz y se cubrió con él. Luego calzóse unos mocasines indios y, seguro de no hacer el menor ruido, regresó hacia la hoguera.

Cuatro hombres estaban reunidos en torno a ella. Tres de ellos iban armados con rifles; pero el cuarto, a quien daba de lleno en la cara el resplandor de la fogata, llevaba dos revólveres al cinto. Era un hombre alto, anguloso, de manos largas y nerviosas. Estaba liando un cigarrillo y parecía resistir con dificultad la tentación de estrujarlo entre sus dedos. Cubríase con un sombrero de ala ancha y copa achatada. Cualquier observador habituado a los tipos del Oeste hubiera reconocido en él a un tejano pendenciero, perseguido, sin duda, por la Ley, y que probablemente sería un pistolero con más de una muesca en las culatas de sus armas.

El Coyote le observó atentamente. Por su aspecto lo clasificó como el más peligroso de los cuatro. Si llegaba el momento de luchar, aquél sería el primer enemigo contra el que disparase.

Los hombres hablaban de sus aventuras en otros lugares, especialmente en los poblados mineros. Al dirigirse al tejano le llamaron repetidas veces Tex (Texas), con lo cual justificaron la sospecha del *Coyote.* Luego, alguien le llamó también Bearder, y el nombre despertó un lejano recuerdo en la memoria del espía.

Texas Bearder. Su nombre iba unido a la lucha entre ganaderos y ovejeros en el nordeste de Tejas. Unos cuarenta hombres murieron en aquella contienda, durante la cual hubo veces en que rebaños enteros de ovejas y sus pastores fueron despeñados por los ganaderos.

En aquella lucha, ambos contendientes buscaron el auxilio de pistoleros profesionales que los ayudaran con su destreza. Bearder había sido uno de los mercenarios que puso su buena puntería al servicio de los ganaderos. Cuando el Ejército Federal intervino para poner fin al conflicto, Texas Bearder, junto con otros pistoleros

de su clase, fueron declarados fuera de la ley, aunque no se puso precio a sus cabezas. Las últimas noticias que *El Coyote* tenía eran las de que había desaparecido sin que nadie supiera lo que había sido de él. Era creencia general que había muerto oscuramente en alguna riña de taberna y que lo habían enterrado sin sospechar su verdadera identidad.

El Coyote hubiera prolongado su espionaje, con la esperanza de averiguar algo más; pero en aquel momento se oyó el avance de unos cuantos caballos y se escucharon unas voces. Los que estaban, en torno de la hoguera se pusieron en pie y avanzaron hacia la boca del cañón, al encuentro de Quincey y sus compañeros.

Considerando innecesarias todas las precauciones, *El Coyote* se puso en pie y regresó donde tenía el caballo. Cogiéndolo de la brida, siguió cañón adelante, No tardaría en salir la luna, en su cuarto menguante, y para entonces le convenía llegar al final del cañón.

Este se fue estrechando hasta que sus paredes quedaron separadas por menos de veinte metros. Además, la vegetación se fue haciendo más escasa y sólo pegada a la pared de la derecha conservaba su lozanía, en las márgenes del arroyuelo. Lo demás, ya fuera natural o artificialmente, estaba completamente desnudo. Desde el punto donde estaba encendida la hoguera, el cañón seguía una línea recta como una flecha, por más de seiscientos metros.

La pálida luz de la luna reflejábase, en la lejanía, en unas construcciones blancas que quedaban enfrente del cañón. *El Coyote* aceleró la marcha, y al salir del cañón encontróse en un amplísimo valle, en uno de cuyos extremos levantábase la inmensa mole del Trono.

Montando a caballo y abandonando todas las precauciones, dirigióse hacia los edificios que la luna iluminaba con su amarillenta luz. La simple visión de aquellas tres construcciones cuadrangulares y unidas escalonadamente indicó muchas cosas al *Coyote.*

-Construcciones aztecas -murmuró-. No comprendo cómo se encuentran aquí.

Acercóse más. Las tres casas, pegadas unas a las otras, y formando tres enormes escalones, se levantaban en un terreno llano. Un canal artificial conducía por debajo de ellas una gran masa de agua. Los muros fronteros al cañón estaban profusamente aspillerados, y era fácil adivinar que un grupo de hombres resueltos, encerrados en aquellos edificios, podría ofrecer una eficaz resistencia ante el enemigo que hubiera conseguido salvar las numerosas dificultades que ofrecía el avance por el cañón.

-El que las construyó era un buen estratega -comentó *El Coyote-.* Dentro de estas casas debe de haber abundantes víveres, y no faltando el agua, ni las armas, se podría resistir mucho tiempo; pero ¿qué tribu sería la que llegó hasta aquí?

Recordó muchas de las leyendas que circulaban por Méjico. Acaso algún grupo de nobles aztecas, huyendo de los españoles, después de su milagrosa victoria sobre los poderosos indígenas, se refugió allí con sus tesoros. Tal vez en el resto del valle existieran más construcciones como aquéllas. De lo contrario, el problema seguiría en pie, pues, no obstante ser muy espaciosas, aquellas tres casas no podían albergar a más de cincuenta personas.

Dejando para otro momento el examen de la casa, *El Coyote* decidió regresar hacia el cañón; pero al llegar a un centenar de metros de él vio a los jinetes reunidos allí y ocupados en colocar a través de la estrecha salida una barrera de troncos que debía de haber estado caída en el suelo y junto a la cual pasó sin descubrirla.

-Ahora está en el valle -dijo en aquel momento Quincey-. Unos cuantos hom-

bres podrán vigilar a ambos lados de la barrera. Tendrán que ser muy torpes si le dejan escapar. Los demás lo iremos acorralando por el valle. Esta vez *El Coyote* ha encontrado la horma de su zapato.

Antes de que le nombraran, *El Coyote* comprendió que estaban hablando de él; pero las palabras de Quincey no dejaban ninguna duda acerca de las intenciones de aquellos hombres.

-Dejadme que yo le ponga las manos encima -dijo en aquel momento una voz-. ¡Me pagará el culatazo que me pegó!

-Habla menos y procura tener más cuidado, Tinker -replicó Quincey-. Cuando te encuentres con él, puedes hacer lo que quieras, o lo que puedas; pero no lo anuncies antes, porque te expones a quedar en ridículo. Recuerda que doy cinco mil dólares a quien me traiga vivo o muerto a ese *Coyote.*

-Ya puede preparar el dinero para mí, patrón -replicó Tinker.

Texas Bearder permanecía callado; pero su mirada estaba fija en el suelo. Habíanse encendido unas antorchas. A su luz adquirían claro relieve todos los detalles, especialmente unas marcas de herraduras californianas, perfectamente visibles en el polvo.

Separándose de sus compañeros, a quienes dejó entregados a la tarea de completar el cierre de la salida del Cañón del Trono, Texas fue siguiendo las huellas dejadas por el caballo del *Coyote,* hasta llegar a un punto donde ya la luz no alcanzaba. Entonces desmontó, y, conocedor perfecto del terreno, siguió adelante , llevando de la brida a su caballo.

Estaba en un lugar donde se iniciaba el trazado del canal o acequia que conducía el agua hasta las casas, y que en aquel paraje pasaba por debajo de tierra; pero a un centenar de metros estaba la pequeña presa, en la que el agua sobrante caía formando una rumorosa cascada, cuyo eco no podía dejar de ser oído por el jinete que llegara hasta allí. El lugar ofrecía, además, un escondite perfecto, con abundante agua y frescura. La exuberante vegetación debía hacer comprender al que llegase hasta allí, que pocos eran los que frecuentaban la presa.

-Ya te tengo, amigo *Coyote* -susurró el tejano, empuñando uno de sus dos revólveres-. Me vas a valer unos cuantos dólares.

Dejando tras él a su caballo, Bearder avanzó yendo de árbol en árbol, hasta llegar a un punto detrás de unas rocas cubiertas de enredaderas y de calabazas silvestres.

Iba a seguir avanzando, con la esperanza de sorprender al famoso enmascarado, cuando, de pronto, oyó tras él, hacia el sitio donde dejara su montura, un agitar de ramas y matorrales que le hizo tirarse al suelo como un conejo asustado. En el mismo instante la luna reflejóse en las arenas que se extendían en un punto de la entrada a la pequeña explanada de la presa. No se advertía en ellas la menor señal del paso de un hombre o de un caballo. Por un instante asaltó a Tex la desagradable sospecha de que era él quien había caído en la trampa en que esperaba coger al *Coyote.*

Durante la guerra contra los ovejeros habíase encontrado en situaciones tan comprometidas o más que aquélla, y ni sentía ningún deseo de revivir los mala ratos pasados entonces.

Comprendiendo que si la oscuridad impedía ver a su enemigo, también le protegía a él, incorporóse levemente retrocedió con toda cautela, buscando siempre la protección de los arbolillos o de las rocas cubiertas de musgo.

Al cabo de lo que le pareció una eternidad, y cuando ya la aurora empezaba a

insinuarse en Oriente, logró salir del callejón en que se había metido. Al dirigir la mirada a su alrededor, vio que el ruido escuchado antes, y que había creído proceder de un enemigo oculto, había sido causado por su propio caballo, que para encontrar mejor pasto había conseguido arrancar el arbusto al que le ató su amo produciendo entonces el rumor que alarmó al tejano.

Éste, lanzando maldiciones contra el animal, agarró las riendas y azotó salvajemente el hocico del caballo, que lanzó violentos relinchos de dolor y trató de encabritarse; pero la fuerte mano de Bearder le dominó, mientras con la otra descargaba puñetazos contra los ojos del animal, gritando:

-¡Ya te enseñaré yo a asustarme y hacerme hacer el idiota! ¡Me has hecho venir hasta aquí como si me esperase una tribu de comanches! ¡Toma!

El puño derecho que tenía levantado para descargar otro puñetazo no llegó a caer, pues una metálica voz le ordenó:

-Levante las dos manos, Tex, y si aprecia en algo la vida, no las baje. Ahora, vuélvase.

El tejano obedeció, levantando inmediatamente las dos manos y soltando a su caballo. Después volvióse lentamente hacia el individuo que había dado la orden.

A la escasa luz del comienzo del día vio ante él, empuñando un revólver de largo cañón, a un hombre que traía el rostro cubierto por un negro antifaz.

-¿El Coyote? -preguntó,

-Para servirle, Bearder -replicó el enmascarado.

Capítulo V

Comienza la caza del *Coyote*

-No esperaba que nos encontrásemos jamás frente a frente -comentó Bearder.

Miraba fríamente al hombre que estaba ante él. Aguardaba la oportunidad que no podía dejar de presentarse. En cuanto llegara la aprovecharía para resolver la situación a su favor. Se sabía uno de los hombres más rápidos en el manejo de las armas. Era capaz de empuñar sus revólveres, desenfundarlos y dispararlos en menos de medio segundo. Lo había hecho infinidad de veces, y a esa destreza magistral debía el estar aún con vida.

Pero no hay rapidez que supere a la del hombre que, teniendo en la mano su revólver, sólo necesita apretar el gatillo para resolver a su favor la situación. Por ello Tex, a pesar de saberse un maestro en el manejo del revólver, no intentó empuñarlo. Ya llegaría el momento en que *El Coyote,* si era realmente él, se distrajera o desviara su atención hacia otro punto. Entonces, antes de que el enmascarado pudiera reparar su error, él le acribillaría a balazos.

-Un hombre que trata así a un caballo, no merece ni una bala -dijo, despectivamente, *El Coyote.*

Tex Bearder sonrió burlonamente, pero no dijo nada.

-Hace un rato tuve tentaciones de tumbarle junto a sus cuatro amigos...

Cuando estaba cantando la canción de Nellie MacBride. Ofrecían un blanco demasiado fácil y a algunos los hubiera tenido que matar por la espalda. Claro que, de haber sabido que usted era capaz de tratar así a un caballo, no hubiera tenido otras contemplaciones.

-Es muy fácil hablar cuando se tiene un revólver en la mano y el otro no puede defenderse -replicó Bearder-. Supongo que ahora empezará a insultarme para que yo eche mano a mis armas y así pueda matarme sin remordimientos de conciencia, ¿verdad, señor *Coyote?* Tengo entendido que es usted un hombre muy de iglesia.

-Es cierto -replicó lentamente el enmascarado-. Soy incapaz de asesinar a un hombre, aunque sea un criminal como usted. Tengo escrúpulos de conciencia porque me he educado en un ambiente muy distinto del suyo. Yo no nací en un tabernucho, como usted, y mis maestros no fueron los borrachos y asesinos que le educaron para el crimen. Por lo tanto, Tex, le voy a conceder la oportunidad de vender cara su vida; pero no voy a quedarme aquí hasta que lleguen sus amigos. Si dentro de un minuto no ha echado mano a sus armas le mataré como a un perro rabioso... y no me remorderá la conciencia.

Al decir esto *El Coyote* enfundó lentamente su revólver sin apartar la vista de Bearder.

Éste sonrió lobunamente. Nada podía alegrarle más que la oportunidad que le ofrecía su enemigo.

-Mataste a Hamilton, ¿verdad? -preguntó, inclinándose un poco hacia adelante.

-Me anticipé a él. ¿Era amigo suyo?

-Sí. Desde que supe que le habías matado estuve aguardando una oportunidad como ésta. Me gusta saldar las deudas que se contraen conmigo. Por eso quiero...

Al llegar aquí, saltó de lado, con agilidad de pantera, y su Colt derecho relució al salir velozmente de la funda. Una llamarada surgió a la altura de su cadera y una nube de humo le envolvió.

A través de ella y la humareda de su propio disparo, *El Coyote* vio cómo Tex Bearder caía hacia adelante y quedaba tendido de bruces sobre la hierba.

El Coyote salió del humo que le rodeaba y enfundó el revólver izquierdo, que había empuñado con increíble rapidez. Una gota de sangre resbalaba por su mejilla, de una herida producida por una esquirla de roca arrancada por la bala que disparó Tex en el momento en que caía sin vida. Secándose la sangre, *El Coyote* se inclinó sobre el muerto, murmurando, a la vez que trazaba en el suelo la cabeza de un coyote:

-Eras muy rápido, Tex, quizá el más rápido de los que se enfrentaron conmigo. Quisiera enterrarte, pero supongo que los tiros atraerán a tus amigos. Adiós.

Dirigióse rápidamente hacia donde estaba su caballo, se quitó los mocasines calzóse las botas de montar y, saltando sobre la silla, escapó a toda la rapidez que su caballo podía desarrollar en el difícil terreno de las laderas del Trono.

Nadie le siguió. Hacia el mediodía estaba en la otra ladera del Trono, a cosa de unos cinco kilómetros de las casas blancas. Frente a ellas podía verse un grupo de caballos y las minúsculas figuras de varios hombres que entraban y salían de la que debía ser el cuartel general de los... ¿bandidos?, ¿cuatreros?, ¿salteadores? Era aún pronto para decidir a que clase pertenecían los hombres de Carl Quincey. Podía clasificárseles, sin error entre los asesinos, pues habían dado claras muestras de que no se detenían ante ningún delito; pero la causa de todo ello escapaba aún a la comprensión del *Coyote.* Sin duda la explicación estaría en aquellas tres casas; pero

hubiera sido una locura intentar nada contra aquellas pequeñas fortalezas, defendidas por tan gran número de hombres.

Desde aquel punto le era posible abarcar todo el inmenso valle, en cuyos muros vio varias huellas de viviendas construidas muchos siglos antes por los habitantes de los acantilados, que debieron de encontrar en aquel lugar seguro refugio contra sus enemigos.

No tardó en descubrir, a lo lejos, unos cuantos jinetes que parecían explorar el terreno. Supuso que eran los hombres Quincey, y, audazmente, siguió bordeando el valle. Al anochecer hallábase a medio kilómetro escaso de las tres viviendas. Nadie le supondría allí, porque nadie podía concebir semejante audacia, y mientras le buscaban por los rincones más lejanos del valle, *El Coyote* se preparó una cena-comida que condimentó sobre la llama de una pequeña hoguera encendida con ramas secas, sin humo que la denunciase. Si alguno la hubiera visto habríala confundido con la neblina que se prendía ya en los altos acantilados que rodeaban el valle.

Envolviéndose en una manta, se acomodó en el duro suelo y no tardó en quedar dormido. Seis horas después, a las dos y media de la madrugada, despertó, y cogiendo su rifle, varías cajas de municiones para el Winchester y los revólveres y algunos víveres, dejó su caballo junto a un charco de agua en torno al cual crecía abundante hierba, y dirigióse hacia las casas. Quería ver si podía descubrir el secreto de aquel lugar.

Al llegar cerca de las viviendas divisó varías hogueras y comprendió que la guardia era todavía demasiado fuerte. Al ir rodeando el terreno donde se alzaban las tres viejas construcciones, encontró un sendero que discurría en dirección a una de las paredes del valle. En la oscuridad se veía claramente la línea de aquel sendero, que seguía una línea recta casi perfecta.

El Coyote, que llevaba de nuevo el rostro cubierto por el antifaz, deslizóse por el sendero, habiendo observado que iba desde el muro de roca hasta la puerta de la casa central. Habíase quitado también las botas de montar y sus mocasines no hacían el menor ruido al pisar el suelo. Al ir acercándose al muro, aumentó sus precauciones. De nuevo el olor de un cigarrillo le previno de la presencia de un centinela.

Calculando el lugar exacto donde se encontraba el hombre, *El Coyote* desvióse hacia la derecha y logró pasar a unos veinte metros de la brasa del cigarrillo. Regresó después al sendero y notó, en seguida, que en vez de terminar al pie del muro de roca, ascendía por él.

Intrigado por la inesperada desviación del camino, *El Coyote* decidió investigar hasta el fin y empezó a subir por él. Iba pegado al suelo y con las manos retiraba las piedrecillas que al caer hubieran podido denunciar su presencia.

De pronto el camino torció hacia arriba. Para no quedar expuesto a la vista del centinela que lo defendía, *El Coyote* saltó hacia adelante y, cruzando el espacio peligroso, fue a caer en el centro del sendero, fuera de la vista del centinela.

En el mismo instante una llamarada rasgó las tinieblas, encima del camino, a unos cinco metros, y una bala perforó el ala del sombrero del enmascarado.

El Coyote no replicó a la agresión, y de otro salto acurrucóse debajo de una peña que sobresalía. En el momento en que se acababa de acomodar allí oyóse un gruñido y unas piedrecitas cayeron a su lado, rebotando hasta abajo.

La situación no tenía nada de satisfactoria, reflexionó *El Coyote.* Quincey no sólo hacía vigilar la parte baja del sendero, sino también la parte superior, de forma

que tenía un bandido arriba y otro abajo, los cuales, con las primeras luces del día le colocarían en una desagradable situación.

Mirando hacia lo alto vio la sombra del saliente que le protegía del centinela apostado más arriba; pero a aquel hombre no le llevaría más de diez minutos buscar un sitio desde donde poder regar de balas el terreno.

-He sido un idiota colocándome en esta situación -gruñó el californiano-. Me ha sido difícil llegar hasta aquí; pero me será mucho más difícil salir. ¿Porqué vigilarán con tanto cuidado este camino?

Trató de ver al hombre situado arriba, pero ni siquiera logró verle la mano.

-No me vio -se dijo-; pero me oyó y disparó calculando con mucho acierto. Por fortuna no repliqué. Seguramente dentro de un rato estará convencido de que hizo el tonto.

Pero Ben Hopper, el autor del disparo, estaba seguro de haber visto algo a la luz del fogonazo y en aquellos momentos estaba atento al menor movimiento o ruido.

El Coyote aguardó media hora y al fin empezó a impacientarse. Sus enemigos no hacían otra cosa que copiar la famosa paciencia de los pieles rojas y aguardaban la luz del día.

-¡Ojalá fuera siempre de noche! -refunfuñó el enmascarado-. El de abajo aguarda a ver qué sucede, y el de arriba tratará de convencerse de si sus oídos le han engañado o no; por lo tanto es el más peligroso, pero, al mismo tiempo, el más difícil de eliminar, pues contra el de abajo tendré que enfrentarme también con los disparos de arriba, y sin embargo en cambio, si ataco al que hizo el disparo lo haré sin peligro de intervención de su compañero.

Lentamente, palpando el terreno para no desplazar ningún guijarro ni pisar ninguna ramita que denunciara su presencia, *El Coyote* reanudó el ascenso pidiendo al cielo que por un día retrasara lo más posible la salida del sol.

Otra piedrecita cayó a su lado. El centinela de arriba se estaba moviendo, con lo cual demostraba poseer un oído privilegiado. *El Coyote* aceleró la marcha y notó claramente que el centinela variaba de nuevo de posición.

-¡Maldita sea! -murmuró *El Coyote-.* Se mueve como si no supiese qué hacer. ¿Por qué no se estará donde debiera estar?

Siguió ascendiendo y oyó al otro moverse de nuevo hacia él. Se aplastó contra la tierra y aguardó a que el centinela terminara de situarse. Le oyó alejarse; al cabo de unos minutos le oyó, nuevamente, volver.

-Parece un león enjaulado -se dijo *El Coyote-.* Voy a darle motivo para que se esté quieto.

Cogió unos guijarros y los tiró fuertemente hacia arriba. Oyó una imprecación y corrió hacia el sitio de donde llegaba, silencioso como un fantasma y con los ojos y los oídos atentos a todo.

Ben Hopper estaba muy nervioso. Le habían puesto allí de centinela y no le gustaba ni pizca la idea de enfrentarse con el más peligroso pistolero de todo el Oeste. Había oído explicar muy detalladamente cómo encontraron a Texas Bearder, tenido hasta entonces por el mejor tirador de revólver de toda la banda. Su muerte había sido precedida, además, por la de Hamilton, que había sido el maestro de todos los tiradores de rifle, y que sin embargo no consiguió frenar con su arma la mortífera bala que le disparó *El Coyote.*

Al saber que el famoso californiano estaba en el valle, Ben Hopper no experimentó ninguna alegría, pero cuando se le colocó de centinela en el sendero,

pensó aliviado, que no corría ningún riesgo pues si *El Coyote* pretendía llegar hasta allí, antes tendría que pasar por el lado de Rutledge, apostado en la parte baja. El descubrir que el enmascarado parecía haber burlado la vigilancia de Rutledge y que subía recto hacia él, movió a Hopper a disparar primero y luego, al oír que alguien ascendía lentamente por el sendero, le hizo pasear nerviosamente de un lado a otro, para apartarse de la posible trayectoria de las balas.

Su nerviosismo al oír caer las piedracitas fue tan grande, que ni siquiera le importó que Rutledge le oyera y, asomando la cabeza por el borde del sendero llamó:

-¡Rutledge! ¿Estás vivo?

Rutledge respondió en seguida con una maldición.

-¡Imbécil! -rugió-. ¿Qué estás haciendo? Pareces un caballo en una cacharrería. ¿Contra quién se te ha ocurrido disparar? Eres siempre igual. Cuando debieras callarte, hablas; y cuando debieras guardar las balas, las disparas. Apuesto a que has tirado contra mí. ¿O por fortuna te has volado la cabeza? Pero no, entonces no hablarías. ¿Crees que iba a pasar alguien por aquí sin que yo le viera?

-Yo creo que sí -rió una voz.

El Coyote, oculto detrás de una roca, había hablado. Antes de que sus palabras se apagaran, Rutledge, comprendiendo que realmente Hopper había tenido motivos para disparar, levantó su rifle y disparó hacia el punto donde había sonado la voz.

Un fogonazo brilló en respuesta al suyo y Rutledge sintióse como empujado hacia atrás de un golpe en el pecho. Valientemente volvió a disparar su rifle y otro balazo que llegó de arriba le dobló hacia adelante. Con un doloroso esfuerzo, logró extraer la cápsula vacía y disparar por tercera vez. Dos fogonazos replicaron a su disparo y esta vez el centinela cayó doblado en el suelo. Durante unos segundos las convulsiones de la agonía estremecieron su cuerpo. Al fin quedó inmóvil y Hopper, arriba, notó la cesación de todo ruido. Temblando de terror, preguntó:

-¡Rut! ¡Rut! ¿Qué te ocurre?

No recibió respuesta. Empuñando uno de sus revólveres, lo empezó a disparar a ciegas, mientras sollozaba:

-¡Rutledge! ¡Rutledge! ¡Contesta!

El acantilado se estremecía con las detonaciones, que reverberaban en sus paredes. Hopper, alcanzado en la cadera izquierda, cayó de rodillas; frenéticamente extrajo todas las cápsulas vacías y recargó el revólver; luego, empuñando el otro, se puso en pie y corrió camino abajo, tirando a ciegas, llenando de detonaciones la noche que, hacia Oriente, empezaba a perder su densa negrura.

Hopper no veía nada; apenas sintió que tres balas, en rapidísima sucesión, atravesaban su cuerpo. Sólo notó, de pronto, que las piernas se negaban a sostenerle. Intentó, vanamente, agarrarse a algunas de las ramas que habían azotado su rostro, pero encontró el vacío y lanzando un fuerte sollozo perdió el equilibrio y precipitóse al fondo del acantilado, pasando como un proyectil más a un par de metros del *Coyote,* que había ido retrocediendo para colocarse lejos de las balas de Hopper.

El choque del cuerpo contra las piedras, al pie de la rocosa pared, fue como el punto final de la lucha.

Por el valle, y desde las casas, llegaban numerosos jinetes, atraídos por el tiroteo. *El Coyote* comprendió que no podía terminar su investigación y con rápido paso descendió por el sendero, pasó junto al cadáver de Hopper y el de Rutledge y sólo se detuvo un momento para trazar en una roca plana, junto a la cual habíase destrozado el cráneo de Hopper, una cabeza de coyote que dibujó con el plomo de uno de los cartuchos; después, desviándose hacia el Sur, pasó a medio centenar de metros de los

jinetes que llegaban, y cinco minutos después estaba en su campamento. La luz del alba trazaba ya un amplio arco hacia el Este.

Capítulo VI

Varios sombreros

El Coyote se frotó los ojos y, por un momento, quedó desconcertado al ver que aún estaba amaneciendo. Recordaba haberse tendido a dormir cuando ya el sol bañaba con sus rayos primeros la cumbre del Trono, y ahora aún faltaba casi una hora para que el cielo se poblara con la dorada luz del astro del día.

De pronto comprendió que había dormido veinticuatro horas seguidas, reponiéndose de las fatigas de las últimas aventuras corridas. Incorporóse y vio a su caballo tendido junto al charco de agua. Se acercó a él y le acarició.

-No comprendo cómo no han dado con nosotros -comentó, mirando hacia las casas, a través de cuyas aspilleras brillaba la luz de alguna lámpara de petróleo-. Claro que, si siguen buscando, acabarán por encontrarnos. Por lo tanto, debemos buscar un sitio mejor. Un buen caballo es un buen amigo y también puede ser un buen estorbo. En estos momentos tú eres más un estorbo que otra cosa. Por ello será preciso dejarte en un sitio donde no estorbes y donde, al mismo tiempo, estés seguro.

Después de lavarse sumariamente y de lamentar no disponer de más tiempo para segar la abundante barba que ya le cubría las mejillas, *El Coyote* reunió parte de su impedimenta y la cargó sobre el caballo, dejando sólo en el campamento la manta y las botas, que no podían servirle de mucho en aquellos difíciles caminos.

-Si mis sospechas se confirman, estarás bien -le dijo a su caballo-; pero si me he engañado vas a pasar un día muy malo.

La intención del *Coyote* era escalar el Trono, con la esperanza de que en su lisa cumbre encontraría un depósito natural de agua de lluvia o alguna fuente. Aquel punto desde el que se dominaba el valle y que por su parte no era dominado por ninguna altura, podría ofrecer un excelente refugio para el caballo y para su amo; pero en los planes del *Coyote* no entraba el aislarse en aquella fortaleza natural donde si bien nadie podría atacarle con éxito, también le aislaría de tal forma que él no podría realizar la misión que se había asignado.

Al cabo de una hora de penosa ascensión por un camino que, si por una parte resultaba extraordinariamente bien trazado, por otra era tan empinado y lleno de maleza, que la labor que muchos años antes debieron de realizar los indios que habitaron el extraño cañón estaba casi anulada, *El Coyote,* que se había despojado del antifaz, llegó a la meseta que formaba la cumbre del Trono.

Con la mirada recorrió la lisa superficie de la cumbre, y no tardó en descubrir que sus esperanzas habían sido bien fundadas. Al pie de un picacho que se elevaba en el centro de la cima y que no era visible desde abajo, abríase un gran depósito circular, labrado sin duda por manos humanas y en el cual se veía una gran cantidad de agua purísima. *El Coyote* calculó que había allí más de medio millón de litros de

agua potable, y como por una parte se llegaba al nivel del agua por una ligera rampa, era fácil para el caballo bajar a abrevarse en el depósito.

Dejando allá al caballo y descargándolo de su impedimenta, el hombre reemprendió el descenso; pero cuando llegó al punto donde la enorme torre rocosa se elevaba recta hacia el cielo, partiendo de una base de laderas suaves, una mirada casual que dirigió hacia unos montículos cercanos, le hizo ver un destello de luz que se reflejaba en el cañón de un rifle. Hacia la izquierda vio, al mismo tiempo, moverse un sombrero de ala ancha.

-Han adivinado mis intenciones -refunfuñó *El Coyote-.* El rifle debe de estar a quinientos metros; pero las distancias entre montaña y montículos son engañosas y puede que esté más cerca. Ése del sombrero sube para situarse en un punto desde el cual poderme acribillar a balazos; pero eso quiere decir que aún no me han visto bajar. En cuanto me descubran empezarán a crearme obstáculos.

Ocultándose tras unas matas de salvia, siguió con la mirada el camino que podía seguir el del sombrero, y comprendió que si llegaba a una formación de grandes rocas estaría en condiciones de impedirle regresar a la cumbre, bajar al valle o, siquiera, permanecer allí.

-Lo siento, porque no me gusta disparar sobre nadie sin darle la oportunidad de defenderse -suspiró *El Coyote.*

Colocándose de forma que el dueño del rifle no pudiera localizarle por el humo del disparo, el californiano levantó su rifle y apuntó cuidadosamente. La distancia que le separaba del hombre del sombrero era casi el límite del alcance del arma; no obstante decidió probar fortuna y apuntando cuidadosamente, aprovechando que el del sombrero se había tenido que detener para escalar con más facilidad las rocas, apretó suavemente el gatillo.

El hombre saltó hacia atrás, intentó en vano aferrarse a alguna parte y rodó por la pendiente, hasta quedar detenido por el tronco de un pequeño abeto.

Rem Wassel había intervenido en su última operación. El propietario del rifle empezó a dispararlo rápidamente, aunque tirando al azar, con la esperanza de que alguna bala llegara a su destino.

Desde un punto situado frente al *Coyote,* otro rifle entró en acción, pero el que lo manejaba tampoco sabía a ciencia cierta hacia dónde tirar.

-Debía de estar durmiendo para no ver el humo de mi disparo -comentó *El Coyote.*

El autor de los otros disparos estuvo callado unos minutos, sin duda los necesarios para llenar el depósito de su rifle; luego empezó de nuevo a disparar y una de sus balas arrancó un gran número de esquirlas de una roca que se levantaba a menos de cuatro metros de donde estaba *El Coyote.*

-Dispara contra todos los sitios que pueden ofrecer protección -comentó el californiano, mientras el aire se poblaba con los gemidos del proyectil y de los fragmentos de roca que había arrancado-. Pronto tirará contra estas matas.

Al decir esto, *El Coyote* retrocedió y buscó refugio tras una piedra que le defendió perfectamente de las tres balas que, brevemente espaciadas, llegaron y se hundieron en el punto que ocupara él un momento antes.

-Seguirá gastando las balas hacia la izquierda y cuando se le terminen asomará la cabeza para ver si ha conseguido algo.

Con todo cuidado, a fin de no mover las matas y denunciar así su presencia, *El Coyote* apuntó hacia el sitio donde sonaban los disparos.

Como había supuesto, cuando se terminaron las balas contenidas en el de-

pósito del rifle, una camisa roja quedó visible un momento entre dos peñascos.

El Coyote apretó el gatillo y comprendió en seguida que había errado el blanco, aunque no podía saber que en aquellos instantes la boca de Ramey estaba escupiendo maldiciones y tierra de la que le había hecho tragar la bala que se hundió ante él. También sus ojos estaban llenos de tierra.

El Coyote estaba moviendo la palanca de su rifle cuando, de pronto, sintió que su sombrero le era arrancado de la cabeza al mismo tiempo que una detonación sonaba a su derecha.

Echóse de cabeza en una estrecha depresión y en seguida otra bala le tiró encima una lluvia de tierra.

-Un rifle de repetición -gruñó-. Tengo menos sentido que un pastor de ovejas.

Ignoraba que Carl Quincey habíase unido a la caza, y que se trataba de uno de los mejores tiradores de rifle del Oeste. Entre él, Ramey y Tinker llenaron de balas las proximidades del refugio que ocupaba *El Coyote.*

Éste escuchaba atentamente las detonaciones y el silbido de las balas. Al cabo de un momento, decidió:

-Este rifle de repetición es el peor de todos. Tendré que atenderle primero que los demás.

Volvióse con bastante dificultad, de forma que pudiese disparar contra el dueño de aquel rifle, y de pronto, al ver surgir un sombrero entre unas rocas, estuvo a punto de disparar. El contenerse le costó un gran esfuerzo.

-Antes de disparar tengo que asegurarme de que tu cabeza está dentro del sombrero -rió.

Unas matas se movieron casi imperceptiblemente a cosa de un metro de donde había aparecido el sombrero. El californiano disparó contra ellas y, al momento, desde un punto situado dos metros más allá, llegó una bala que le acarició la mejilla con su cálido aliento.

-¡Estás lleno de trucos, pero yo también tengo unos cuantos! -gruñó.

Comprendió que lo del sombrero había sido una trampa tendida para hacerle disparar. Por si resultaba demasiado grosera, se le había agregado lo de las matas al moverse a impulsos de un cordel atado a ellas.

Al hacer fuego, *El Coyote* había denunciado el punto exacto donde se encontraba y habíase salvado de milagro.

Dejando el rifle entre dos piedras, con el cañón apuntando hacia el dueño del rifle de repetición, *El Coyote* se deslizó en una garganta rocosa que se desviaba hacia el Oeste y empuñó un revólver.

Carl Quincey agitó de nuevo las hierbas; luego, al no oír ningún disparo, cogió una piedra del tamaño de la cabeza de un hombre y la asomó cautamente. Tampoco ocurrió nada.

-Si no fuera porque aprecio mi cabeza, la asomaría para ver qué ocurre -dijo.

Quincey podía tener muchos defectos; pero era uno de los pocos hombres capaces de gozar por entero de la emoción de la caza en que intervenía. El hecho de tener enfrente a un enemigo tan peligroso como el que estaban acorralando resultaba un aliciente aún mayor. Quincey era de los que aman la caza que pone en peligro su propia vida, no como otros que prefieren andar persiguiendo conejos o liebres, sin más riesgo que el de pillar una insolación.

Regresando adonde había dejado el sombrero lo recogió y, calándolo en la piedra, demostró una vez más su genio para el acecho levantando el sombrero de forma que asomara incluso el ala y se viese debajo de ella lo que pareció una cabeza

humana.

Durante unos segundos dejó el reclamo bien visible, mientras con su Winchester aguardaba el disparo que no llegó a sonar.

-¡Dispara ya, maldito! -gritó, no pudiendo contenerse. Luego, calmándose, agregó-: Ese truco debiera haber engañado a un hombre listo. Quizá *El Coyote* no lo sea tanto como dicen.

Una sospecha asaltó de pronto su cerebro.

-¿Y si ha comprendido la clase de enemigo que tiene enfrente? -se preguntó-. Cerca de donde estaba la última vez que tiré contra él existe una hondonada que puede servir de trinchera para avanzar hasta aquellas rocas, aunque sólo utilizara sus revólveres. Y mientras yo estoy haciendo el tonto quizá él vaya hacia allí para reírse de mí y de mis trucos.

Sin esperar más, y dejando el sombrero donde estaba, Quincey, exponiéndose a que su enemigo llevara el rifle en vez de los revólveres y pudiese cazarlo impunemente, saltó fuera de su escondite y escalando una breve pendiente llegó hasta detrás de unas altas rocas que le protegían de todos los ataques que pudieran llegarle desde el final de la garganta.

-Ese hombre es un enemigo digno del mejor luchador -comentó *El Coyote,* viendo cómo Quincey se ponía fuera de su alcance-. Su cabeza tiene pleno derecho a usar sombreros caros. -Luego su sonrisa acentuóse al descubrir la piedra coronada por el sombrero-. Sí, tiene una gran cabeza -agregó-. Y si no voy con cuidado me costará, tal vez, la mía.

En aquel instante, Ramey, habiendo conseguido, al fin, limpiar de arena y tierra sus ojos, se preparaba, con gran optimismo, a acribillar a balazos todo cuanto se colocara a su alcance. De súbito vio entre la hierba, ante él, la cabeza de Quincey, cubierta por su inconfundible sombrero, y más arriba descubrió, al mismo tiempo, un movimiento sospechoso entre unas rocas.

Su reacción fue fulminante. Tenía que salvar a Quincey del peligro que le estaba acechando. Levantando rápidamente su rifle, y sin graduar el alza, apretó el gatillo con la esperanza de que, si no conseguía alcanzar al *Coyote,* a quien suponía a punto de terminar con Quincey, al menos le obligaría a retroceder y daría tiempo a su jefe para que se defendiera.

La bala, como ya temía, no alcanzó el blanco que le había sido asignado; pero en cambio logró que Quincey dudara mucho de sus buenas intenciones y amistad.

Levantándose, Quincey dejó que su hombre le viera y le amenazó con el

puño, causando una gran emoción en Ramey, que empezó a temblar, pensando en las consecuencias que hubiera podido tener su precipitado disparo. En seguida, Ramey comenzó a disparar a todas partes, en un aturdido intento de reparar su descuido.

-¡Cuánto siento haber dejado atrás mi rifle! -suspiró *El Coyote,* viéndose obligado a desaprovechar los magníficos blancos que le ofrecía Ramey, que parecía hallar un gran placer en descubrirse a cada momento.

-Señor *Coyote,* -llamó Quincey-. ¿Quiere asomar un momento la cabeza?

Al decir esto mostró un poco la manga de la camisa, y aunque estaba a cuarenta metros del californiano y éste sólo llevaba revólveres, cuando retiró el brazo, la manga necesitaba un buen remiendo.

-Buena puntería -felicitó Quincey-. Algún día le cerraré permanentemente un ojo.

-¿Quién es el amigo que disparaba contra usted? -preguntó *El Coyote.*

-Es el idiota de Ramey; pero confío en que aún podrá alcanzarle con alguna de sus balas.

-¿Por qué no prueba usted con su Winchester?

-Porque está usted demasiado cerca, señor *Coyote,* y se apunta más de prisa con un revólver que con un rifle.

El Coyote no replicó. Estaba corriendo a toda velocidad por la garganta, regresando hacia donde había dejado el rifle. Sabíase fuera de la vista de Quincey y de los otros dos tiradores.

En cuanto alcanzó el Winchester, se lo echó a la cara y disparó a través del sombrero de Ramey, quien se aplastó contra el suelo maldiciendo a todo pulmón a su adversario.

Convencido de que desde allí no podría causar ninguna molestia al *Coyote,* Ramey abandonó su puesto y decidió dar un largo rodeo para colocarse donde le fuera posible disparar con menos nesgo.

Al volver su atención hacia Quincey, se dio cuenta de que éste había recuperado su sombrero y lo estaba asomando por encima del parapeto de su nueva posición. *El Coyote* entornó los ojos, porque conocía los muchos usos que puede tener un sombrero.

-Está bien -dijo-, puedes seguirlo asomando. Cuando me canse de disparar contra él podrás atártelo hasta la barbilla y mirar en todas direcciones a través de los agujeros que le abriré.

Siguiendo su soliloquio, agregó:

-Cuando uno levanta el sombrero al extremo de un palo o del cañón de un rifle, el ala queda recta; en cambio, cuando lo levanta llevando la cabeza dentro, echa hacia atrás el ala y la copa. Un sombrero honrado se inclina más y más hacia atrás, cuanta más cabeza tiene dentro, en cambio, un sombrero que sólo piensa engañar, cada vez está más recto. ¿Por qué? Porque cuando un hombre asoma la cabeza, utiliza, principalmente, el cuello, y si se encuentra tendido detrás de una roca no puede levantar el cuerpo verticalmente, como ocurriría si quisiera que el sombrero apareciese recto. No, levanta el cuello, dejando el cuerpo pegado a tierra, y al hacer eso tiene que echar, forzosamente, el sombrero hacia atrás.

»Ya vuelve a aparecer. Y cada vez más recto. No, no lo perforaré a balazos, porque eso es lo que más desea mi buen amigo Quincey; pero si alguna vez se inclina hacia atrás, juro que recibirá plomo de sobra. Ya vuelve a salir. Y siempre recto. Eso demuestra que Carl Quincey, si bien tiene mucha paciencia, en cambio no es demasiado inteligente. No se da cuenta del inmenso valor de los detalles.

»Veo que el otro amigo también asoma el sombrero; pero en cambio no veo el de Ramey, y ése es el que más me preocupa. Por lo que pudiera ocurrir, me apartaré de aquí. Ya me ha localizado sobradamente.

Protegiéndose detrás de todas las peñas que fue encontrando, *El Coyote* llegó hasta una gran masa de rocas. Los dos sombreros aún se veían con toda claridad.

-Apuesto a que Ramey se está tomando un gran trabajo para poder disparar sin molestias desde aquel cerro, que debe de dominar todos estos puntos. Si me gustase, apostaría dos pesos a que le curo muy pronto de su afán de disparar con ventaja. Y en cuanto al otro sombrero, hace rato que lo veo muy quieto. ¿Será que su amo está completamente loco y se expone estúpidamente a recibir una dosis de plomo en los sesos? ¿O acaso lo ha dejado allí para indicarme el sitio donde no está? También podría ocurrir que lo hubiese dejado para hacerme creer que no está en aquel sitio y, en realidad, estuviera allí. En fin, si sigo tratando de explicarme las

cosas con lógica, acabaré por volverme loco. Por lo tanto será mejor que me marche.

De pronto oyó un suave roce, como el ludir del cuero de unas chaparreras contra las rocas entre las cuales se encontraba. El ruido se fue apagando hasta cesar por completo. Un asustado lagarto escapó por entre las piedras.

El Coyote sospechó la proximidad de uno de sus enemigos que, más audaz, habíase atrevido a llegar hasta allí. Sonriendo, levantó el revólver y aguardó a que apareciese.

De nuevo se oyó el rumor, esta vez más próximo. El californiano retiróse un poco.

En el mismo instante sintió un golpe en su pistolera izquierda y al volver la cabeza apenas pudo contener un grito de temor. Un crótalo de los llamados «copperhead», terriblemente venenosos, había hundido sus colmillos en la pistolera y estaba luchando por liberarlos.

Antes de que lo consiguiera, *El Coyote* lo agarró fuertemente por detrás de la triangular y bruñida cabeza. El cobrizo cuerpo de la serpiente se enroscó en torno a su brazo y el californiano golpeó con fuerza la cabeza del reptil contra una piedra, hasta que la destrozó. Entonces tiró el cadáver lejos de él y oyendo otros roces y el inconfundible sonido producido por la ósea cola de las serpientes de cascabel, comprendió que había dado de lleno en un vivero de crótalos y decidió retirarse de allí, dejando para otro momento el zanjamiento de la cuestión pendiente con los tres tiradores.

Como entretanto el día tocaba ya a si fin, deslizóse por la pequeña cañada y llegando a una larga línea de arbolillos que crecían en las orillas de uno de los numerosos arroyos, aprovechó la protección que le ofrecían y deslizóse, pegado a ellos, en dirección al campamento que había utilizado las noches anteriores.

Pero su proceder no fue el mismo que en aquellas otras noches. Las fuerzas de Carl Quincey habían sufrido ya cinco bajas y era de suponer que no cejaran fácilmente en su esfuerzo por capturarle o por terminar con su vida. Por ello tomó la precaución en que había estado pensando durante todo el día.

Capítulo VII

Sorpresa

-Hasta ahora ha terminado con cinco de nosotros y pudo haberlo hecho también con Tinker si hubiera querido. Hoy hemos conseguido acorralarle, pero al llegar la noche ha encontrado un camino para huir y ahora está de nuevo en el valle.

Estas palabras de Quincey iban dirigidas a sus hombres, que le observaban, expectantes.

-¿Cómo podemos saber que está en el valle? -preguntó Shepler.

-Porque sólo en el valle puede encontrar lo que busca. Si da con las excavaciones estaremos perdidos. Y si llega a descubrir el crisol y puede comunicar con el exterior, entonces todo nuestro trabajo habrá sido inútil.

-¿Por qué no fundimos lo que tenemos y nos marchamos? -preguntó Reed.

-Lo que tenernos es una mísera parte de lo que todavía queda -replicó Quincey-; y marcharnos ahora sería conformarnos con unos miles en vez de los millones que pueden correspondemos.

-Si vivimos para disfrutar de ellos -refunfuñó Ramey.

-Pattersons e Ickes vigilan la única salida que existe -replicó Quincey-. Si ellos no se descuidan, y no creo que lo hagan, ese hombre no podrá salir de la ratonera en que se ha metido. Hoy le hemos tenido todo el día acorralado en la ladera del Trono. Cuando volvamos a localizarle podremos caer todos sobre él y aniquilarlo. Y si queremos ahorrarnos ese trabajo no necesitamos más que reforzar la vigilancia de la puerta y esperar a que intente salir.

-No comprendo por qué ha venido aquí -gruñó Tinker.

-Tal vez haya sospechado algo o quiera vengar la muerte de alguno de los curiosos a quienes hemos tenido que ahorcar.

-Siempre dije que era una mala política la que se seguía -comentó Tinker.

-Hubiera sido mejor que todo el mundo se enterase de lo que habíamos encontrado y que vinieran a decirnos que no teníamos derecho a disponer de ello, ¿no?- replicó, irónicamente, Quincey.

-¿Por qué tenían que decirnos que no era nuestro? -preguntó Tinker.

-Porque existen leyes así, tonto. Y no discutamos más de lo que ya está decidido. Lo importante, ahora, es terminar con ese hombre. Lo tenemos enjaulado; pero admito que es como si tuviéramos encerrado en casa a un león. Es fácil encerrarlo, pero no lo resulta tanto el cogerlo y hacer con él lo que conviene; por lo tanto, se impone que nos tomemos en serio el exterminarlo. Saldrán esta noche varios grupos para recorrer todo el valle. En algún punto está el campamento de ese hombre, pues sabemos positivamente que no pudo escalar el Trono, ya que nosotros cubríamos con nuestros rifles el único camino. Si se le encuentra no es necesario hacerle prisionero; unas cuantas balas resolverán definitivamente el problema.

Completadas las instrucciones de Qumcey, se formaron grupos de tres hombres bien armados y partieron en tres direcciones distintas.

Ramey, Tinker y Reed encaminároнse hacia el Oeste, avanzando con mucho cuidado.

-Estoy deseando dar con él -afirmó Tinker-. Tenemos una cuenta pendiente. Aún me duele la cabeza de resultas de aquel culatazo.

-Cállate y no fumes -aconsejó Ramey-. Podrías hacer que fuéramos nosotros, y no él, los sorprendidos. Me gustaría mucho terminar con ese *Coyote;* pero aún me gustaría más terminar con otra persona.

-¿Con Quincey? -preguntó Reed.

Tinkey y Ramey se miraron; luego, volviéndose hacia su compañero, el primero preguntó:

-¿Crees que sería conveniente terminar con él?

-Es el jefe, se llevará la parte del león y a nosotros, si nos deja algo, serán las migajas.

-Y el banquete promete ser bueno -dijo Tinker.

-Varios millones -susurró Ramey.

-Sabemos dónde están. Sólo nos es necesario recogerlos, fundirlos y venderlos. Nadie hará preguntas molestas.

-Un tiro por la espalda acabaría con Quincey -dijo Tinker-. Quedan ya pocos hombres y todos estarán de acuerdo con nosotros.

-Un momento -interrumpió Reed-. Hacia delante me parece haber visto un ligero resplandor, como el de una hoguera reflejándose en la superficie de una roca.

El bandido señalaba frente a él. Un momento después Tinker y Ramey coincidieron en que se veía un resplandor rojizo, muy leve, por entre los arbustos.

Avanzaron con las mayores precauciones. Al llegar al borde del claro en cuyo centro estaba la charca de agua, vieron los restos de una hoguera que se estaba consumiendo. Junto a ella, un hombre envuelto en una manta mejicana, por cuyo extremo asomaban unas botas con grandes espuelas de plata, parecía dormir profundamente.

-Es él -susurró Tinker-. Disparemos.

-¡*El Coyote*! -jadeó Reed.

Los tres levantaron sus revólveres y dispararon tres o cuatro veces. La manta se agitó al recibir los impactos y los tres bandidos penetraron en el calvero para gozar de su fácil victoria.

Tinker fue el primero en llegar junto a! cuerpo del durmiente y, riendo su triunfo, se inclinó para cogerle de una pierna y tirar de él. Pero su alegría trocóse en grito de alarma cuando, al coger la bota, vio que ésta cedía y que de su interior caía una lluvia de piedras.

Ramey y Reed fueron los primeros en comprender la trampa y saltar fuera del claro. Tinker quiso seguirles, pero en el momento en que iba a hacerlo, una bala le alcanzó en los riñones y lo dobló hacia atrás; luego, antes de que pudiera volverse y disparar contra su oculto enemigo, otro disparo lo derribó de bruces, junto al fuego. Un ligero estremecimiento corrió su cuerpo y la carreta de crímenes de Fred Tinker en aquel instante terminó para siempre.

El Coyote deslizóse hacia otro lugar, mientras varios disparos llegaban desde los puntos por donde habían escapado Ramey y Reed. Había sido despertado por los primeros disparos que los tres bandidos hicieron contra el que creyeron cuerpo del *Coyote* y que era el resultado de una precaución muy lógica, aunque ninguno de los bandidos se entretuvo en tenerla en cuenta. Su cama verdadera estuvo entre los árboles del bosquecillo y al incorporarse pudo ver cómo los tres forajidos iban a comprobar su éxito. Su repugnancia a matar por la espalda le impidió sacar todo el partido posible de aquella situación, y sólo disparó contra Tinker, cuyo cuerpo tenía ahora ante sus ojos.

Recogiendo la parte de su impedimenta que le interesaba conservar, escurrióse a favor de la oscuridad, mientras el aire, sobre su cabeza, se poblaba de zumbadores proyectiles.

Por un momento le asaltó la tentación de acercarse a las casas; pero de la parte Norte y de la parte Este llegaban a la carrera varios hombres y la más elemental prudencia aconsejaba apartarse de ellos. El único sitio donde podía descansar tranquilo era la cumbre del Trono, y, sin perder un momento, dirigióse hacia allí, echando de menos la rapidez que podía prestarle su caballo.

Alcanzó al cabo de media hora el pie del difícil sendero que conducía a la cumbre, y comenzó a subir por él, sin tener ningún tropiezo. A las tres de la madrugada llegaba a la cima, donde no tardó en ver a su caballo, que le saludó con un relincho. Tendiéndose junto a él, y después de beber un buen trago de agua, no invirtió ni dos minutos en quedase dormido, acariciado por la fresca brisa que calmaba la fatiga de la difícil ascensión.

Capítulo VIII

Sitiado en la fortaleza

Estaba bien entrada la mañana cuando el californiano despertó de su reparador sueño. Después de lavarse, recorrió la meseta, convenciéndose de que sólo existía un camino de acceso hasta allí. Con un cubo de lona plegable empezó a llenar de agua una cavidad rocosa. Cuando estuvo suficientemente llena, *El Coyote* se desnudó y bañóse con gran alivio para su cansado cuerpo. También lavó su ropa interior y la camisa y las tendió a secarse al sol; mientras tanto se preparó una abundante comida a base de tocino, tortas de maíz y cecina.

Cuando terminó de comer se puso la ropa limpia y cogiendo el rifle se acercó a un saliente de la cumbre que dominaba el difícil sendero que conducía allí. Apenas había asomado la cabeza, una bala silbó sobre él y de uno de los picachos más próximos una nubécula de humo se elevó lentamente.

Un poco más abajo surgió otra nubecilla de humo y otra bala silbó muy cerca del *Coyote,* indicando que el enemigo en masa estaba ya enterado de dónde se encontraba.

Levantando el rifle y graduando el alza al máximo, el californiano hizo tres disparos. Uno contra el picacho, otro más abajo y el tercero contra un bulto que vio moverse entre la vegetación. En seguida retrocedió hasta un lugar desde el cual pudiera vigilar el sendero y, al mismo tiempo, disparar contra los otros tiradores.

El primer disparo que hizo desde su nuevo puesto recibió una inmediata réplica de Ramey, quien a su vez sintió como si una brasa le hubiera sido aproximada a la oreja derecha.

Sólo el azar intervino en aquel tiro; pero su significación era tan clara que Ramey no pudo contener un estremecimiento mientras se aplicaba un sucísimo pañuelo, que debía haberle envenenado la sangre, pero que no lo hizo, a la oreja, a la cual le faltaba un trozo de lóbulo.

-¡La marca del *Coyote*!, -susurró, estremeciéndose.

Rabioso, disparó hasta vaciar el depósito de su rifle, mientras, más arriba, Quincey aguardaba, atentamente, a que el sitiado replicara a aquel malgastar de municiones; pero *El Coyote* no se molestó en disparar de nuevo contra Ramey y, retirándose hasta donde pudo ponerse de nuevo en pie, volvió a recorrer su dominio.

Sólo existía una subida practicable; pero quizá por el lado opuesto fuese posible intentar el escalo o el descenso.

Apenas se había asomado para examinar aquella posible vía de escape, una bala silbó a bastante distancia; pero su silbido fue suficiente para hacer comprender al *Coyote* que el cerco se había establecido en toda regla, y que Quincey no estaba dispuesto a dejarle bajar del Trono.

-Pero si yo no puedo bajar, tú tampoco puedes subir -comentó el californiano, retirándose de aquel punto, después de haberse convencido de que, ayudado por una cuerda, no le sería imposible descender de saliente en saliente hasta alcanzar la más fácil ladera, sembrada de grandes masas de rocas, algunas de ellas del tamaño

de casas pequeñas, entre las cuales crecían árboles y matorrales de toda clase. Más abajo el terreno se hacía menos quebrado y la tierra estaba más llena de vegetación.

Desde el Trono hasta la pared del valle se extendían una serie de picachos cortados, todos ellos más bajos, pero de similar formación geológica. En el más próximo se encontraban tres tiradores, otro al pie del acantilado y seguramente dos en la entrada del cañón. Esto hacía subir a seis, por lo menos, el número de los enemigos, aunque, sin duda, otros tres hombres, al menos, guardarían la casa.

Olvidándose del peligro que corría, se acercó a un sitio desde donde le era posible ver las tres construcciones y casi al momento escuchó, muy cerca, el desagradable zumbido de una bala del 44.

-¡Menudo blanco debo de haberle ofrecido a ese bandido! -comentó en voz alta-. Si no recuerdo las cosas que no debo hacer, pronto no recordaré nada. No debo responder a los disparos que se me hagan, porque, aunque tengo muchos cartuchos, si los gasto sin ton ni son pronto me quedaré sin municiones; por lo tanto, sólo dispararé sobre seguro, o, por lo menos, sobre todo lo seguro que se pueda.

De nuevo regresó a examinar el punto por donde había pensado descender. La bajada sería de las más difíciles, aunque no imposible; pero teniendo en cuenta las dificultades halladas en la otra, más fácil, desechó la idea de intentar bajar por allí de noche. Y en cuanto a hacerlo de día sería tanto como ofrecerse como blanco propiciatorio a los disparos de aquellos bandidos.

Las balas continuaron silbando por encima de la cumbre del Trono, sin que *El Coyote* se molestara en replicar. Consideraba todo aquello un cebo para tentarle a que disparase y se expusiera así al fuego de los demás.

Transcurrió el día. Al anochecer, el sitiado trasladóse al punto que dominaba el sendero, a fin de montar allí una aburrida guardia.

Del valle llegó claramente el aullido de un jaguar. *El Coyote* asombróse de la nitidez con que se escuchaban allí los más débiles ruidos que nacían en el valle. Oyó el tropezón de un pie contra un tronco, la exclamación que le siguió y la pregunta de si iba a ser relevada pronto la guardia.

-A medianoche -contestó una voz-. Hasta entonces, Shepler, tienes que vigilar el camino. No me extrañaría que nuestro amigo bajara a hacernos una visita. Y después de cómo dejó al pobre Tinker, no creo que sientas tentaciones de dejarle que se acerque a tiro de revólver.

-¿Está ya lista la hoguera? -preguntó otra voz.

-Sí; pronto la encenderemos -contesta otro-. Si *El Coyote* quiere bajar, tendrá que apagarla antes.

Asomándose al borde del precipicio y cuidando de asegurarse de que su cabeza no se recortara contra el cielo, el sitiado oteó el fondo del valle, especialmente el punto donde se iniciaba el sendero que conducía a la cumbre del Trono.

De pronto brilló una llamita que prendió en el suelo y corrió rápida por él, hasta llegar casi al pie del camino, donde se convirtió en humosa llamarada.

-Un reguero de pólvora para encender sin peligro una hoguera -murmuró *El Coyote,* mientras la llama de la pólvora prendía en un enorme montón de gruesos leños apilados sobre ramas secas y maleza. Pronto la hoguera quedó encendida y su luz iluminó el sendero con claridad más que suficiente para impedir el menor acceso a él. Los sitiadores no querían que el sitiado pudiera bajar, pero al mismo tiempo demostraban no estar dispuestos a subir.

Convencido de esto, *El Coyote* se envolvió en su manta y tumbóse allí mismo, de forma que podía oír todos los ruidos sospechosos y estar prevenido para el caso

de un ataque.

Éste no se produjo y la noche terminó sin mayores incidentes.

-Esperará a que nos cansemos de montar guardia -gruñó Quincey, oculto tras un espeso matorral-. Él no puede bajar, pero sabe que nosotros tampoco podemos subir.

-Yo podría subir -propuso Reed- si se me cubriera bien.

-No llegarías ni a mitad de camino -replicó Quincey.

-Para disparar sobre mí tendría que asomar casi todo el cuerpo por el borde del precipicio -replicó el bandido-. Entonces no sería muy difícil alcanzarle.

-¿Te atreves? -preguntó Quincey.

-Sí; pero el premio ofrecido será mío, ¿no?

-Lo será si podemos cazarle. Pero tal vez fuera más prudente esperar a que se le terminase la comida.

-Podría resistir un mes entero -dijo Reed-. O más, porque arriba debe de haber alguna caza. Agua no parece faltarle Le vi tender su ropa.

-Hay un gran depósito -replicó Quincey-. Aunque estuviera diez años allí no se le terminaría.

-Por lo tanto, hay que subir a por él -decidió Reed-. Y a eso voy.

Recogió su rifle y a grandes zancadas abandonó su refugio y alcanzó el sendero, en un punto en que quedaba a cubierto de los disparos que pudiera hacer *El Coyote.* Empezó a subir, y todos sus compañeros le cubrieron con el fuego de sus rifles; pero al llegar al primer recodo, donde el camino ascendía más pronunciadamente, en lo alto del Trono comenzó a disparar el Winchester del sitiado.

-¿Qué pretenderá con esos disparos? -gruñó Quincey, ya que *El Coyote,* si bien disparaba hacia abajo, no podía hacerlo directamente contra el camino, puesto que para ello hubiera tenido que exponerse al tiro de los bandidos.

Reed habría podido explicar en seguida lo que se proponía *El Coyote* con sus disparos contra una alta roca que se levantaba al borde del sendero. Las balas de su Winchester iban a dar contra ella, y, rebotando, gañían erizantemente en torno del bandido, que, abrazado al suelo, sentía erizársele los cabellos cada vez que una de aquellas locas balas pasaba cerca de él.

AI fin, no pudiendo resistir más en aquella peligrosa situación, Reed se puso en pie en el preciso momento en que sonaba un agudo *piünggg* que sus oídos no llegaron a oír, pues el rebotado proyectil le alcanzó la nuca y lo lanzó pendiente abajo hasta el montón de cenizas que marcaba el emplazamiento de la hoguera de la noche anterior.

-¡Y van siete! -rugió Quincey, disparando frenéticamente su rifle; pero una bala que le acarició la mejilla le obligó a reprimir sus impulsos y a refugiarse en el fondo de la hondonada adonde se había retirado al nacer el día.

Se daba cuenta de la calidad del enemigo que tenía enfrente y no lamentaba la muerte de Reed. Al fin y al cabo se había eliminado a un traidor al que sabía confabulado con Tinker para arrebatarle el botín conseguido en el valle. Ramey le había hablado del proyecto de traición, y por conocer sobradamente a sus hombres comprendió que no se le había engañado.

-Es una fortuna demasiado grande para que no tiente a toda esa gentuza -soliloqueó-. Desde siempre, la tentación de acaparar uno solo el botín que debiera repartirse entre todos ha sido el móvil de más de un crimen. No les costaría mucho encontrar cómplices para eliminarme; y si no fuera porque temen al *Coyote* ya me hubieran matado; pero no intentarán nada antes de que yo les libre de ese enemigo.

En realidad es el único que ahora nos mantiene unidos; pero si conseguimos acabar con él se sentirán tan seguros que nadie podrá dominarlos.

De pronto tomó una decisión. Levantando la cabeza hacia la cumbre del Trono, hizo bocina con las manos y llamó:

-¡Eh, *Coyote*!

Al no recibir contestación repitió varias veces la llamada hasta que una voz repuso, desde arriba:

-¿Qué hay, Quincey?

-Quisiera hablarle.

-Puede subir, si lo desea.

-¿Por qué no baja usted?

-Por lo mismo que usted no quiere subir, aunque yo tengo más razón que usted para no querer acercarme a sus bandidos.

-Oiga, *Coyote.* ¿O prefiere que le llame Martínez?

-Tanto me da.

-¿Por qué en vez de luchar contra nosotros no se une a nuestra banda?

-Por lo visto me cree usted muy tonto, Quincey. Hace años que me salieron las muelas del juicio.

-Le hablo en serio. He estado meditando toda la noche. Luchando y exterminándonos hacemos un mal negocio. Ha terminado usted con siete de mis hombres; pero aún me quedan los suficientes para obligarle a quedarse ahí arriba hasta el día del juicio final.

-Sé de sitios mucho peores que éste para esperar tan importante suceso.

-No bromeo, señor *Coyote.* Le ofrezco una buena participación en los beneficios que obtengamos del trabajo que estamos realizando aquí. No se trata de un beneficio de miles, sino de millones. Por lo menos le quedaría uno entero. Dentro de tres o cuatro meses podrá retirarse de la vida que lleva y vivir con plena independencia, sin necesidad de andar huyendo por estas tierras.

-¿Cree que, después de lo ocurrido, puedo tener confianza en usted y en sus hombres, Quincey? -replicó *El Coyote.*

-Tiene motivos para dudar; pero nos hace falta un hombre como usted. Bearder era el mejor de los nuestros, y usted acabó con él con tanta facilidad que a todos nos alegraría tener sus armas a nuestro lado.

-Explíqueme el negocio que tienen entre manos y tal vez, cuando sepa de qué se trata, acepte su oferta.

-No puedo explicarle nada; pero sí le aseguro que el oro y la plata que sacaremos de este valle, sin contar otras cosas, valdrán como mínimo quince o veinte millones.

-¿Por qué no me aclara eso?

-Acepte mi proposición, baje a reunirse con nosotros y le mostraré el tesoro. Una buena pacte del mismo será para usted.

-¿Y por qué he de conformarme? -replicó *El Coyote-.* Quincey, su banda está reducida a seis hombres, incluyéndole a usted. Acepte mis condiciones: salga de este lugar y alégrese de conservar la vida. Si permanece aquí no le quedará ni eso.

-¿Qué quiere decir?

-¿No me entiende? Hablo bien claro. Ahora son ustedes seis hombres vivos. Si no se marchan serán pronto seis hombres muertos. ¿Cuánto me dan si les dejo marchar en paz?

-¡Éstos no son momentos para bromear! -gritó, furioso, Quincey.

-No bromeo.

-Oiga, *Coyote,* le tenemos sitiado, podemos aguardar hasta que se muera de hambre; si intenta bajar le acribillaremos a balazos.

-Está bien; les doy de tiempo hasta mañana por la mañana, Quincey.

-¿Un plazo? -rió Quincey.

-Sí; pero no sean imprudentes, porque a lo mejor no puedo resistir la tentación y alguno de ustedes no llega a disfrutar del tiempo de vida que le concedo. Si se marchan y me dejan como dueño y señor del valle, no les impediré que vayan a hacerse ahorcar en otra parte.

-¡Maldito sea! -rugió Ramey-. ¡Ofrecer eso a seis hombres capaces de hacerle pedazos! Y quien lo ofrece está encaramado en un pino y no puede ni asomar la nariz, so pena de que se la chamusquemos.

-No sigas diciendo tonterías, Ramey -advirtió *El Coyote-.* No suelo amenazar en balde. No estoy acorralado ni sitiado. En cuanto quiera bajaré a haceros una visita de la cual algunos se acordarán y otros no podrán ya acordarse ni de ella ni de nada.

-Eso es más fácil de decir que de hacer -replicó Ramey, aunque no se sentía muy seguro.

El Coyote no replicó. Habíase retirado a un sitio donde no debía temer nada de los disparos que pudieran hacérsele desde abajo, ni desde los otros picachos. Reuniendo las cuerdas que tenía las fue atando hasta formar una de suficiente longitud. Aseguróse una vez más de que los nudos estaban bien hechos y luego, tendiéndose en el suelo, entornó los ojos y no tardó en dormirse. El descanso de que pudiera disfrutar entonces le sería pronto muy necesario.

Capítulo IX

El Coyote ataca

Después de disponer las guardias para aquella noche, Carl Quincey se separó de sus hombres y dirigióse a las casas, dispuesto a dormir allí. Los hombres que quedaron al pie del Trono encendieron una hoguera, valiéndose del mismo sistema de la noche anterior, y mantuvieron la mirada fija en el único camino que creían podía ser utilizado por *El Coyote* para escapar de la ratonera en que se había dejado coger.

Mientras tanto, arriba, el californiano iba dejando caer por el profundo precipicio del otro lado la larga cuerda formada durante aquella tarde. Cuando ya sólo quedó la imprescindible para atarla a una aguja de roca que se levantaba a poca distancia del barranco, *El Coyote* la sujetó cuidadosamente y, riéndose de la estupidez de sus sitiadores, se ocultó el rostro con el antifaz y empezó a deslizarse por la cuerda, cuidando de no desprender ninguna roca que pudiera dar la alarma.

Por dos veces tuvo que interrumpir el descenso para descansar sus doloridos músculos a causa del esfuerzo que realizaba. Por fin, cuando la cuerda estaba a punto de terminarse, *El Coyote* sintió que sus pies tocaban la dura piedra y lanzó un

suspiro de alivio. Durante todo el rato había estado temiendo que al llegar al suelo encontrase, esperándole, a alguno de los bandidos.

Llevaba el rifle en bandolera y los dos revólveres; pero su mano derecha estaba cerrada en la empuñadura de su cuchillo. Con elástico paso, y dando un gran rodeo, dirigióse hacia el cañón, deteniéndose a un centenar de metros de la hoguera que ardía junto a la recia valla de madera. Un hombre acababa de echar un tronco a las llamas, y una nube de chispas ascendió hacia el cielo, iluminando todo el terreno a su inmediato alrededor.

El Coyote buscó con la mirada al otro centinela de la barrera que cerraba la entrada y la salida al valle por el Cañón del Trono.

Pattersons bostezó, cansado de una vigilancia que carecía por completo de emoción.

-Esto resulta muy aburrido -comentó-. Un día de estos...

No pudo terminar. Un cuchillo lanzado por fuerte mano cortó el aire y se hundió en la espalda de Pattersons, derribándolo de bruces contra tierra. Un momento después, una oscura figura surgió de entre las tinieblas e inclinándose sobre el caído, recuperó el cuchillo. Tras secar la hoja en la ropa del muerto, *El Coyote* trazó en la tierra una cabeza de coyote.

Y junto a ella el número ocho.

En seguida retrocedió de nuevo en busca de la protección de las sombras y aguardó pacientemente.

-Pattersons -llamó al cabo de un rato una voz, desde el otro lado de la barrera-. Despierta. Estás dejando apagar el fuego.

El que hablaba era Ickes. Al no recibir contestación empezó a escalar la barrera. Saltando hacia el otro lado iba a apartarse de allí cuando un destello metálico surgió de la oscuridad y le lanzó contra la valla, en la que quedó clavado.

El Coyote reapareció de nuevo y junto al número ocho escribió el nueve.

* * *

Carl Quincey salió de la casa central y decidió poner en práctica el plan trazado durante la noche. Puesto que Pattersons e Ickes no eran prácticamente necesarios, ya que *El Coyote* no podía descender de su fortaleza, podría utilizarlos para que ayudaran a Shepler y a Ramey a montar guardia ante el único camino practicable para subir y bajar del Trono.

Empuñaba el Winchester. Además del medio centenar de cartuchos que guardaba en la canana, llevaba dos cajas de cincuenta en los bolsillos. Al andar, el revólver de seis tiros le golpeaba suavemente la pierna derecha.

De cuando en cuando dirigía una mirada al alto picacho que dominaba el valle. En aquella cumbre suponía sitiado al más peligroso de cuantos enemigos había tenido.

Iniciaba el día sus primeras luces y la vaga media luz impidió a Quincey darse cuenta en seguida de la tragedia. Por un momento creyó que Pattersons estaba durmiendo y que Ickes le contemplaba apoyado en la barrera; pero, de pronto, su mirada se posó en la marca trazada en el polvo del suelo y en los números ocho y nueve, que marcaban el número total de las bajas que había tenido.

Temiendo una brusca agresión del *Coyote,* que tal vez estuviera emboscado cerca, Quincey apartóse vivamente de allí y se dirigió casi al galope hacia los puestos de vigilancia del pie del Trono.

¿Qué podía haber ocurrido? La respuesta saltaba a la vista. El acorralado *Coyote* había conseguido descender de su sitiada fortaleza y abrirse paso hacia el exterior después de matar a los dos vigías.

Pero cuando llegó al puesto que ocupaba Ramey encontró vivo al centinela, y también a Shepler, empezó a concebir la esperanza de que *El Coyote* no hubiese podido bajar de lo alto de la montaña.

-Ickes y Pattersons han sido asesinados -anunció, dirigiéndose a los dos hombres que eran cuanto quedaba de su fuerza-. Acuchillados.

-¿Quién los ha matado? -preguntó Ramey-. ¿Los indios?

-Junto al cadáver de Pattersons encontré la marca del *Coyote* y los números ocho y nueve...

-*El Coyote* no ha bajado -declaró Ramey, dirigiendo una suspicaz mirada a su jefe-. Lo habríamos visto, ¿verdad, Shepler?

-Verdad -replicó el otro-. No nos hemos dormido, aunque buenas ganas teníamos.

-Por ahora no podréis dormir -contestó Quincey-. Tal vez *El Coyote* se encuentre aún arriba; pero yo creo que ha bajado.

-Oye, Quincey -interrumpió Ramey-. Sólo quedamos tres, y no hace mucho éramos doce. He visto cómo *El Coyote* ha matado a varios de nuestros compañeros; pero también he oído cómo ayer le hacías unas proposiciones que me hicieron pensar que tal vez estabas de acuerdo con él. ¿Estás seguro de que no fue tu mano la que usó el cuchillo que terminó con Ickes y Pattersons?

-¿Por qué preguntas eso?

-Porque estoy seguro de que *El Coyote* sigue arriba. No puede bajar, a menos que le hubiesen nacido alas.

Se interrumpió de repente y quedó con la mirada fija en un punto vago.

-¿Qué te ocurre? -preguntó Quincey-. ¿Qué has visto?

-Con una cuerda bien larga también podría bajarse por detrás -murmuró-. Ven...

Shepler, Ramey y Quincey echaron a correr sin tomar ninguna precaución. Un momento después se encontraba al pie del muro posterior de la alta montaña. El aire de la mañana agitaba la larga cuerda que pendía desde lo alto.

-¡Bajó por aquí! -jadeó Ramey.

-¡Entonces fue él quien mató a Pattersons y a Ickes! -se estremeció Quincey-. ¡No cabe ya duda!

-Y, o bien se ha marchado, o continúa rondando por el valle -tartamudeó Shepler, dirigiendo una inquieta mirada a su alrededor-. No me importaría caer muerto de un balazo; pero el cuchillo... ¡Brrr!

-El cuchillo quedó en el cuerpo de Ickes -dijo Quincey, como si con ello debiera tranquilizarse su compañero. Luego agregó-: Seguramente se habrá marchado lejos, de aquí... De lo contrario, ¿para qué ha matado a los centinelas...?

-Puede estar en la mina -sugirió Ramey.

-Entonces... estamos descubiertos... -musitó Quincey.

-Vayamos hacia allá -indicó Ramey.

Los tres hombres recogieron sus armas y emprendieron el camino hacia el sendero que, partiendo de la casa, comunicaba con el muro Este.

*** * ***

El Coyote se había dirigido recto desde la boca del cañón hacia el sendero que había tratado de seguir la noche de su entrada en el valle. No tardó en alcanzarlo y ascendió por él, seguro de no encontrar ningún centinela. A la luz del día el camino era más fácil y se advertía que debió de ser trazado muchos años antes. De cuando en cuando, en los muros se veían inscripciones aztecas.

-Debe de ser el camino hasta una tumba real -se dijo *El Coyote.*

Al cabo de quince minutos de subir, *El Coyote* encontróse frente a lo que parecía boca de la mina; pero cuyo dintel, formado por un pesado bloque de granito, mostraba numerosas inscripciones y figuras típicamente mejicanas.

El estudio que como César de Echagüe había realizado *El Coyote* en Méjico, le permitió descifrar algunos de los jeroglíficos que adornaban los muros y la entrada del subterráneo. En pocos momentos logró comprender que en aquel lugar habían sido enterrados tres grandes príncipes aztecas que huyeron del norte de Méjico para escapar de los españoles, llevándose grandes riquezas. Y aquellas riquezas, consistentes en máscaras, diademas, joyas diversas y otros muchos objetos de oro y plata, con incrustaciones de piedras preciosas, habían sido depositadas en las tumbas de los príncipes, y ahora están desparramadas por el suelo, a punto de ser conducidas hacia las casas blancas que siglos antes sirvieran de palacios a los exiliados príncipes mejicanos.

Por la memoria del *Coyote* pasaron los recuerdos de todas las conversaciones que había escuchado. En un momento adivinó los propósitos de Quincey. Éste debía de haber descubierto la tumba azteca y comprendido que, si hacia público el descubrimiento, el Gobierno le prohibiría comerciar con los objetos de arte allí encontrados, de forma que su hallazgo no le serviría de casi nada. Era lo bastante inteligente para haber comprendido desde el primer momento el formidable valor artístico del tesoro, y estaba seguro de que ese tesoro le proporcionaría abundantes cartas de felicitación, muchos honores, pero ningún resultado práctico; en cambio, fundiendo aquellas piezas maestras de la orfebrería azteca, reuniendo las piedras preciosas que se arrancasen y transformando las monturas en lingotes de oro o plata, se podrían obtener millones, o sea, un resultado práctico mucho mayor.

¡Y para mantener aquel secreto y evitar la intromisión del Gobierno y de los hombres de ciencia, Carl Quincey no había vacilado en hacer matar a cuantos habían rondado los afluentes del río Colorado en busca del oro! De la misma forma que no vacilaba en destruir caretas, diademas y coronas de oro macizo -que eran grandes obras de arte- para transformarlas en feos pero valiosos lingotes que el propio Gobierno Federal compraría muy satisfecho.

Rápidamente recorrió las diversas estancias de que se componía la tumba, y todas las halló completamente llenas de maravillosas obras de arte; luego encontró otros compartimentos que aún no habían sido abiertos y comprendió que el verdadero valor de aquel hallazgo no podía ni calcularse.

Estaba sumido en el examen de todas aquellas riquezas en peligro de destrucción, cuando oyó unos pasos fuera de la cueva. Rápidamente corrió a la entrada y hallóse frente a tres hombres.

El primer disparo lo hizo Quincey. *El Coyote* sintió como si le arrancasen el costado. Cayó de rodillas y esto le salvó de los otros disparos que, en su nerviosismo, hicieron contra él Shepler y Ramey.

Antes de que los tres hombres pudieran rectificar su puntería, el enmascarado desenfundó a la vez sus dos revólveres y disparó simultáneamente.

Cayeron Shepler y Ramey, y Carl Quincey, saltando ágilmente a un lado,

corrió camino abajo. Cuando *El Coyote* logró llegar a la puerta de la sepultura, lo vio ya lejos, cabalgando en dirección a la cerca que cerraba el camino del exterior...

El Coyote sentía que la visión de sus ojos se nublaba, al mismo tiempo que sus piernas doblábanse contra su propia voluntad. Recogiendo al fin su Winchester, lo levantó, graduó el alza al máximo y, apoyando el rifle en un saliente de la roca, trató de apuntar hacia el fugitivo.

Durante unos segundos tuvo que luchar para que se aclarasen sus ojos. Por fin, cuando ya Quincey estaba a cuatrocientos metros de distancia, el enmascarado consiguió fijar la puntería y dominar el temblor de sus manos. Entonces, lentamente, seguro de no fallar el tiro, apretó el gatillo.

El disparo resonó hondamente en las profundidades de la caverna.

Epílogo

La comisión que la Universidad de Harvard había enviado al Cañón del Trono, tropezó, desde el primer momento, con numerosos y macabros hallazgos. El jefe de la expedición, catedrático de prehistoria de las razas americanas, releyó una vez más la extraña carta recibida veinte días antes, sin fecha y sin que se indicara el punto desde donde había sido enviada. Como firma, para completar el misterio, llevaba una tosca cabeza de lobo o de coyote. En aquella misteriosa carta, el desconocido comunicante indicaba al profesor Button que si se trasladaba en seguida al poblado de Ladrón y de allí marchaba al Cañón del Trono, encontraría, en este último, un magnífico ejemplo de la cultura azteca, representado por unas tumbas reales, repletas de labores indígenas y de joyas de la misma procedencia. El autor de la carta aconsejaba que se fuese en seguida, pues existía el peligro de que los vecinos del pueblo descubrieran el emplazamiento de las tumbas y las saquearan, destruyendo las joyas, como ya había estado a punto de ocurrir, pues una numerosa banda de forajidos habíase apoderado del Valle del Trono y en uno de los tres edificios que construyeron los aztecas habían dispuesto un crisol de fundir oro y plata, con la intención de destruir todo aquel tesoro que en su forma más valiosa sería de imposible venta.

Button, en contra de los consejos de sus amigos, que insistieron mucho para convencerle de que se trataba de una broma, reunió un grupo de arqueólogos y marchó con ellos hacia Arizona, salvando un sinfín de dificultades; pero llegando a tiempo de convencerse de que nadie se les había anticipado.

Mas en cuanto cruzaron la derribada valla que debió de cerrar la salida del cañón, encontráronse con dos esqueletos, uno de los cuales estaba clavado, por medio de un largo cuchillo, a uno de los troncos de la valla. Luego, a poca distancia, encontraron otro esqueleto caído en el suelo. Junto a él se veía un rico revólver enfundado en una agrietada pistolera.

-Cualquiera diría que ese pobre diablo trataba de ponerse a salvo -comentó uno de los miembros de la expedición.

Y otro, que había estado examinando una blanca roca cercana, indicó:

-Fijaos, ¿que querrá decir esto?

Señalaba una cabeza de coyote junto a la cual se veía el número doce.

El profesor Button se acercó, comparó la firma que le había hecho ir allí con la que estaba grabada en la piedra y, lentamente, contestó:

-Ésa es la marca del *Coyote.*

Y como antes de llegar allí habíase enterado de muchas de las hazañas del *Coyote,* contestó, cuanto todos le preguntaron quién era *El Coyote.*

-Nadie lo sabe. Algunos le han visto la cara; pero ninguno ha vivido lo suficiente para descubrir su identidad. Suele dejar su marca cerca de todo hombre a quien se ve obligado a matar.

-¿Es un bandido? -preguntó otro de los expedicionarios.

-Para unos sí y para otros no. La realidad es que debe de ser un poco de todo, o mejor dicho, que para lograr un resultado justo, se vale de medios menos justos; pero sí muy eficaces.

-¿Y ese número doce? ¿Qué puede significar?

-Tal vez encontremos doce cadáveres y entonces comprenderemos que este pobre diablo fue el número doce de los que cayeron.

-¿Cree que ese *Coyote* puede haber matado a doce hombres? -preguntó, escandalizado, otro de los expedicionarios.

El catedrático se encogió de hombros.

-No sé -dijo-; pero no hemos venido a eso, y como en la pared frontera a las casas veo una a modo de boca de cueva o mina creo que debemos ir hacia allí sin perder un momento y comprobar si la comunicación es cierta o no.

-¿Denunciará estas muertes? -preguntó el expedicionario que antes se había escandalizado.

-¿Para qué? -sonrió Button-. Nadie podrá probar quién las ha cometido; por lo tanto, enterraremos a los muertos y dejaremos que ellos se venguen de sus matadores. Y si no pueden o no quieren hacerlo, no debemos ser nosotros más exigentes que ellos. Por tanto debemos limitarnos a desearles que descansen en paz y, al mismo tiempo, desear buena suerte al *Coyote,* a quien, al fin y al cabo, deberemos el descubrimiento de unos tesoros que estaban en peligro de ser destruidos.

FIN